

Escribe este sentimiento



José Manuel Blanco

ESCRIBE ESTE SENTIMIENTO

José Manuel Blanco

© José Manuel Blanco, 2024
ISNI: 0000 0004 7433 5671
Corrección: Paola C. Álvarez Edición y Servicios SCA
Ilustración y diseño de cubiertas: Gemma Martínez
Maquetación: David Generoso
Todos los derechos reservados

Capítulo 1:

Wasaps y llamadas antes de la clase

Aquel jueves por la tarde, David bailaba y tarareaba «ma-ma-ma-ma-ma» cuando las notificaciones de WhatsApp bombardearon su teléfono:

Jorge Culazo Couchsurfing:
Hola, guapo!

Jorge Culazo Couchsurfing:
Cómo estás?

Jorge Culazo Couchsurfing:
Ya tengo piso y me he empadronado! Oficialmente, soy madrileño. Te apetece que nos veamos esta noche?

David suspiró y se rascó la barba y los rizos antes de responder.

David:
Hola.

David:
Bien, preparándome para mi primera clase de escritura. Me alegro mucho!

David:
No, lo siento

Soltó el móvil sobre la cama deshecha, agarró una mochila tirada al lado de la mesita de noche y se debatía sobre qué echar en ella (¿varias libretas?, ¿de qué colores los bolígrafos?) cuando sonó otro wasap.

Jorge Culazo Couchsurfing:
Y eso, guapo?

«A ser más directo sin parecer brusco», se dijo David.

David:
No me apetece repetir, lo siento

Y volvió a soltar el móvil. No recibió ninguna notificación más hasta que, con la mochila cerrada (libreta tamaño folio, libreta de cuartilla y varios bolígrafos Bic azules) y poniéndose una camisa de cuadros encima de la apretada camiseta sobre su barriga peluda, sonó una llamada.

La respondió:

—¡Nacho! Me pillas saliendo de casa.

—¡Holi! —saludó, efusivo, su amigo Nacho—. ¿Y eso? ¿Vienes directo a mi cama?

—¿Qué dices, bobo? —Se rio—. Hoy empieza el taller de escritura. Llego con la hora pegada al culo. Luego te llamo.

—¡Vale! Hablando de culos. ¿Has vuelto a ver a Jorge? Qué majo ese chico.

David puso los ojos en blanco.

—Parece que te has aliado con él. Me ha escrito hace un rato para decirme que ya ha encontrado piso y que si nos veíamos.

—Le habrás dicho que sí.

—Le he dicho que no. —Hizo sonar las llaves ante el micrófono.

—¿Qué? ¡Pero si era un amor! ¡Su culo también era un amor!

David cerró con un portazo.

—Que llego tarde...

—Ya te estoy escuchando, pero no me doy por aludido. Escucha: ábrete, y no de piernas, precisamente. ¿Qué te ha hecho Jorge aparte de dejarte seco en la cama?

—Nada.

—¿Entonces? ¡Queda con él!

—No —David alargó la o—. Creo que se ha pillado.

—¿Qué egocéntrico! Y qué poco te abres tú. Cómo se nota que solo eres activo.

—¡Nacho!

—Espero que al menos se lo hayas dejado claro.

—Lo he hecho, sí. Con educación, como siempre. —El ascensor tardaba en llegar y decidió bajar corriendo las escaleras del edificio.

—Abel y tú estáis cortados por el mismo patrón. Y hablando de Abel. El viernes de la semana que viene cenamos todos en casa, ¿vale? Y tempranito.

—¿Y eso?

—Celebramos mi cumpleaños por adelantado. Luc y yo nos vamos a Canarias el sábado a primera hora y estaremos una semana.

—¡De acuerdo! —David salió del portal y caminó hasta la plaza de Quintana; del silencio de su calle pasó al ajetreo de los coches que abarrotaban la calle Alcalá a esa hora—. Me voy antes y os ayudo a Luc y a ti a preparar las cosas. ¿Vas a invitar a alguien más?

—¡Gracias! Solo estaremos los íntimos: Abel, Luc, tú y yo. Cenamos en familia, que no queremos trasnochar. Aunque, si estos días conoces a algún *couchsurfer* y te lo quieres traer después de tirártelo...

—Vamos a acabar la noche en el Zarpa, ya te lo digo yo.

—Te digo yo a ti que no.

—Ya lo verás. ¡Entro en el metro! ¡Te voy a escuchar fatal!

—¡No te lo robaría! ¡Con robarte a Luc tuve suficiente!

—¡Nunca lo quise! ¡Para ti! ¡Luego te llamo! ¡Besos!

Al salir a la calle, el teléfono volvió a sonar.

—Abel, ¿os habéis puesto de acuerdo todos hoy para llamarme? —preguntó David.

—¡Mi hermano elegido! ¿Cómo estás? Acabo de salir del gimnasio.

—¿De trabajar o de entrenar?

—¡De ambas cosas! Los clientes de última hora han cancelado, así que, a no ser que pases por aquí para hacer algo de entrenamiento funcional, me piro. ¿Te apetece tomar algo esta noche?

—Abel... Hoy es mi primera clase de escritura.

Al otro lado del teléfono se escuchó el tapón de una botella que se desenroscaba.

—Perdona, que iba a beber...

—¿De qué es hoy el batido?

—¡Qué gracioso! Perdona, se me había olvidado lo del curso. ¿Entonces, cuándo te

veo? Tengo tu paquete del pueblo aún y no quiero que se ponga malo en la nevera.

David se rio.

—Me paso mañana por tu piso cuando termine de trabajar. Perdona, está siendo una semana horrible. Encima, preveo un viernes agotador para coronarla, así que necesitaré hacer *footing*.

—¿Mañana viernes? ¿No vas a salir? ¿No tienes a nadie con quien perrear? ¡Perrea conmigo, entonces!

—Abel, cambia ya la broma, por favor.

—¿Tú crees que lo digo de broma?

David se detuvo un segundo en una esquina y buscó el nombre de la calle en la que se encontraba.

—¡Soy tu hermano! —Enfiló por la perpendicular mientras hablaba—. Elegido, pero hermano. Mañana, después de más de ocho horas delante del ordenador, creo que solo querré cositas ricas del pueblo y dormir.

—Si te parece, cenamos juntos y vemos Netflix antes de que cierre el metro. O te quedas a dormir aquí.

—¿Cabemos los dos en la cama o me tendré que ir al salón? Si a lo que hay en tu casa se le puede llamar «salón».

—Quédate a dormir y te demuestro lo que se puede hacer en esa cama.

David miró el reloj y se volvió a reír.

—Imbécil... Voy a llegar tarde. Mañana te escribo cuando salga para tu piso. — Recibió silencio como respuesta—. ¡Deja de beber esa basura!

Abel suspiró al otro lado del teléfono.

—Te quiero, mi hermano elegido. Que vaya todo bien en ese curso. Sé que es importante para ti.

Capítulo 2:

Los personajes

David aceleró el paso hacia el centro cultural sorteando a los caminantes con saltos y volviendo a tararear «ma-ma-ma-ma-ma-ma».

Cruzó el portal. Las paredes de un espacio diáfano estaban garabateadas con frases de novelas y el nombre de sus autoras. Al fondo, tras un mostrador, una recepcionista le sonrió.

—Buenas tardes. —David se acercó—. Venía a la clase de escritura creativa de nivel inicial.

La recepcionista aplaudió.

—¡Qué bien! ¡Marilia te va a encantar!

—¿Quién es Marilia?

—La profesora. —La recepcionista no perdió la sonrisa.

«Empiezas bien, David».

—Sigue por el pasillo a tu derecha hasta la puerta del fondo —continuó—. ¡Están a punto de comenzar! —Y volvió a aplaudir.

David trotó al aula. Llamó a la puerta entreabierta y asomó la cabeza.

—¿Se puede?

Ante él, una decena de personas ocupaban la habitación. Nueve de ellas estaban sentadas alrededor de una mesa de madera, larga y rectangular. La otra, una mujer de pie, en el extremo más alejado de la puerta y junto a una silla, lo observó detrás de unas gafas de concha mientras se recogía una melena rizada y plateada detrás de los hombros. En su cabeza, una cinta roja combinaba con la falda larga y plisada y la rebeca de color pistacho que cubrían su cuerpo delgado.

—Se puede —dijo aquella voz—. Llegas justo a tiempo.

Señaló una silla vacía junto a la mesa, a la que David se dirigió susurrando varios «hola» y «buenas».

—Bienvenidos a vuestra primera clase de este taller de iniciación a la escritura creativa —arrancó la profesora en cuanto David se sentó y sacó un cuaderno y un bolígrafo—. Me llamo Marilia y seré vuestra profesora. Durante estos meses, estudiaremos las bases para construir una historia que enganche al público y, por supuesto, la escribiremos. Quiero que, cuando terminemos, autopublicemos un libro con vuestros relatos; una pequeña edición, para que comprobéis lo que se siente al publicar y lo podáis compartir con vuestra gente. Hablando de «vuestra gente», en unas semanas, organizaremos una jornada de puertas abiertas para que invitéis a quienes queráis y vean cómo trabajamos. También doy clases particulares. Hago factura.

Todos se rieron. David empezó a echar un vistazo a los compañeros a su izquierda; como él, sujetaban bolígrafos ante cuadernos abiertos y sus caras despedían ilusión.

—Pero antes de eso —continuó Marilia—, para publicar ese libro del que os hablaba, lo mejor es que nos pongamos a trabajar. Por ejemplo, presentándoos al resto de la clase.

David arrugó la frente. Marilia cruzó los brazos y basculó su cuerpo.

—No estoy dispuesta a escuchar diez discursos iguales, contando de dónde venimos, a qué nos dedicamos, qué pretendemos con este curso... Al tercero ya estaría tirándome de los pelos y quiero conservar esta cabellera.

Se volvieron a reír.

—Queremos crear historias, ¿no? Pues vamos a ello.

Agarró la silla vacía a su lado, colocó el respaldo frente a los alumnos y se sentó. David se giró para verla mejor.

—Bien —Marilia siguió, recorriendo con la mirada a sus oyentes—, vais a observar a la compañera, le compañere o el compañero que tenéis enfrente: es vuestro personaje. A continuación, vais a rellenar una cara de cuaderno o de folio con los rasgos más distintivos de ese personaje que, digamos, ha aparecido ante vuestros ojos. Y no solo rasgos físicos. —Enumeró con los dedos—. Procedencia, trabajo, aficiones, qué le gusta, qué le desagrada... Luego, esa persona nos dirá si el retrato es real o no. Acertar no es positivo ni fallar negativo; solo ¡jugemos!

David sonrió. Se colocó frente al cuaderno y contempló el retrato robot que debía diseccionar.

Un joven imberbe de aspecto aniñado, camiseta blanca estrecha y tupé rubio le sonreía mientras se pasaba un bolígrafo Bic entre los dedos de la mano derecha y con la izquierda acariciaba un cuaderno abierto. David le correspondió la sonrisa y le quitó el capuchón al suyo.

—Empezamos —susurraron los dos a la vez. Se sorprendieron por la sincronía y rieron.

—¡Ah! —interrumpió Marilia—. Tenéis diez minutos para el ejercicio y no quiero que habléis. Luego, comprobaremos hasta dónde habéis llegado... y os conoceremos mejor.

En cuanto la profesora terminó de hablar, el bolígrafo de aquel joven se deslizó por la hoja en blanco. David empezó a desentrañar con la escritura ese rostro concentrado.

—¡Y tiempo! —Marilia dio una palmada—. Turno de conoceros. Empezamos por vosotros dos, que sois los que tengo más cerca.

Señaló a David y a su compañero, que le guiñó y sonrió.

—¿Empiezas tú o empiezo yo? —preguntó este.

David lo miró desafiante y burlón a la vez.

—Empieza tú. A ver qué has sacado.

El compañero sonrió y se aclaró la garganta. Leía mientras alzaba la mirada:

—Detrás de esa barba frondosa y desaliñada...

«¡Pero bueno!», pensó David mientras fingía que se indignaba.

—... negra como sus ojos y su pelo sin peinar, se esconde un leñador que decidió que no podía amuermarse en su pueblo y que en Madrid tenía nuevas y excitantes oportunidades de trabajo y de vida.

David asintió mientras enrojecía. El chico continuó:

—Se ha apuntado a este curso para explorar las dotes de escritor que nunca desarrolló en la carrera de Filología Inglesa. Quiso ser profesor, pero, cuando vio que las oposiciones se convocaban de higos a brevas, escuchó hablar del *community management* y, como a él le gustaban las redes sociales, hizo un máster de *marketing* y hoy trabaja en el sector. Y...

El reseñado se paralizó con la boca abierta. Marilia aplaudió:

—Suficiente. Muchas gracias... ¿Cómo te llamas?

—Saúl.

—Muchas gracias, Saúl. Has descrito a la persona que tenías enfrente, has hablado de sus posibles motivaciones para apuntarse a este curso, le has inventado un trabajo...

—¿Inventado? No, yo creo que trabaja en eso, en *marketing*. Mira las pintas de hípster que lleva con esa camisa de cuadros.

Todos miraron a David, que asintió con la cabeza, pasmado.

—Solo que yo estudié Periodismo, no Filología Inglesa. Pero, vamos, somos primos hermanos de las letras.

—Pues menudo análisis —intervino Marilia—. Gracias de nuevo, Saúl. En próximas clases hablaremos sobre el uso de clichés en los textos, como ese «de higos a brevas». También de las palabras coloquiales. ¿Tu generación dice «amuermarse»?

—En mi pueblo, por lo menos, sí.

—¡Ah! Así que tú también eres de pueblo. —David fingió escándalo.

—¿Qué pasa? ¿Que no lo habías adivinado antes para tu texto? —Saúl le respondió, burlón.

—Espérate a que lo lea, chaval.

—Pero hablo de tu generación, Saúl —los cortó Marilia—. ¿Cuántos años tienes?

—Te lo digo yo ahora con mi texto —contestó David, que empezó a leer—: El brazo ceñido bajo la camiseta blanca llamó a la puerta. Pensaba que entraba en una sala de musculación, pero se encontró con un curso de escritura. Y, ya que estaba allí, se quedó.

Saúl disimuló una sonrisa.

—Sentó sus pantalones de pitillo en la silla y escondió bajo ella la bolsa del gimnasio que llevaba. No mantuvo contacto visual con nadie para que no se notara que era un farsante. La profesora le pidió el número de teléfono para terminar de rellenar su ficha; al día siguiente, cuando ella le escribió un wasap para recordarle que debía pagar la cuota, archivó el chat y siguió con su rutina de dominadas mientras temía que llegara el día de su treinta cumpleaños y se preguntaba si le quedaría suficiente proteína en polvo en casa.

David alzó la cabeza y elevó las cejas mientras sonreía. Saúl lo imitó.

—He pagado la cuota. Y «rutina de dominadas», ¿eh?

—¿He acertado?

—Ni confirmo ni desmiento.

—O sea, que sí.

Saúl soltó una risotada a la que se sumaron el resto de compañeros.

—Me has recordado a un amigo que es un poco chulito de gimnasio y me he inspirado en él —continuó David.

—Cuando quieras, me lo presentas y compruebo si es verdad que nos parecemos.

—Vale.

—Muy bien, haciendo amigos —intervino Marilia—. Es interesante lo que has escrito... ¿Cómo te llamas?

—David.

—Lo que has escrito, David. Te has fijado en alguien a quien conoces en la vida real para darle características a tu personaje. ¿Ya habías hecho cursos de escritura?

—No, pero trabajo en *marketing*, como bien ha adivinado Saúl, así que estoy acostumbrado a escribir.

Marilia asintió.

—Muy interesante. —Se levantó—. Vamos a hacer un descanso y continuamos.

Los compañeros se levantaron mientras David cerraba el cuaderno. Cuando alzó la vista, Saúl lo observaba.

—Me viene bien eso de que tengas un amigo chulito de gimnasio. Estoy recién llegado a Madrid y busco gente con la que entrenar.

—Bueno, él trabaja como monitor y entrena a deshoras; como no hacen más que cambiarle los turnos... Yo también voy al gimnasio de vez en cuando, pero de mantenimiento. —David se levantó de la silla—. Prefiero ir al teatro o al cine. Menos posibilidades de que me dé un tirón.

—¡Ah! ¡Me encanta el teatro! Podemos ir juntos.

A David le sorprendió el arrojito.

—¡Claro! Pero antes vamos a la calle a que nos dé el aire. ¿Quieres ver alguna obra en concreto?

En la puerta del centro cultural, mientras otros fumaban, David y Saúl hablaron de sus aficiones, de sus pueblos y de sus trabajos. Saúl, al que le gustaba la cocina, acababa de aprobar una oposición como profesor de Educación Física y le habían dado la plaza en un centro de Valdemoro, que ya conocía de los tiempos de interino, aunque había decidido mudarse a Madrid para tener más vida social.

—¡Chiques, vamos entrando! —avisó Marilia—. ¿Ya habéis creado el grupo de WhatsApp para iros de cañas?

—Lo que mejor me sale es el *brownie* —continuó Saúl mientras le agarraba la puerta a David para que pasara.

—¿Le echas batido de proteínas?

—Cuando quieras, te demuestro lo que le echo.

David lo miró insolente.

—Venga. ¿Tienes plan para el sábado por la noche? Te invito a cenar. Tú traes el *brownie* y yo te espero con un *risotto*.

Saúl no se movió de la puerta.

—¿No vas muy deprisa? —preguntó.

David se rio.

—Antes tú querías ir al teatro. Pero no te asustes. Por los pisos en los que he vivido y en el que vivo ahora han pasado decenas de turistas a los que solo conocía por unas fotos y un texto que publicaban en una web, así que estoy acostumbrado a meter a... semidesconocidos... en mi casa.

Saúl sonrió.

—Trato hecho. Y comprobarás si le he echado batido de proteínas o no. ¿Tienes Instagram?

Capítulo 3:

Cena con brisa

—¡Lomo en la cara!

—Hubiese preferido un pollazo, pero me vale.

Abel carcajeó mientras blandía un lomo embuchado en la puerta de su estudio. David tropezó con un bote tamaño *king size* de proteínas al entrar.

—Vengo a verte y quieres que me tuerza un tobillo —continuó.

—¡Está vacío! Tíramelo en la basura cuando te vayas.

—Ni que fuera tu mayordomo. —David se apoyó en la encimera de la cocina, que se encontraba junto a la puerta de entrada.

Abel le volvió a mostrar el lomo.

—No has venido, simplemente, a verme. Has venido por esto..., señor escritor.

—Menos burlas. —Tendió la mano—. Y a por el resto de la comida.

—No. Si lo quieres —se dio la vuelta, caminó los pocos pasos que lo separaban de un sofá con los asientos hundidos, donde se tiró—, ven aquí y cuéntame.

David bufó y repitió sus movimientos hasta tumbarse sobre las piernas de su amigo.

—La pregunta más importante —continuó Abel mientras acariciaba el pecho de David—. ¿Con qué técnicas de escritura vais a trabajar? No, no era esta la pregunta... La pregunta más importante es: ¿hay maricones en el curso?

David puso los ojos en blanco.

—Alguno hay.

—Uy. ¿Cómo lo sabes?

—El radar, hermano mío, el radar, que parece que naciste ayer.

—¿Me tengo que poner celoso?

—¿Perdón? ¿Mi hermano?

Abel le lanzó un pico al aire. David le sonrió cortado.

—¿Cuántos hay?

—Uno por lo menos que yo pueda asegurar al cien por cien.

—¿Está bueno?

—Es un mazadito de gimnasio, profesor de Educación Física. No es mi estilo, tiene cara de *twink*, pero podrías quedar con él para que os hicieran descuento en mancuernas. De hecho, me dijo que andaba buscando compañeros de gimnasio. Tú serías ideal, pero, claro, con tus horarios... Casi mejor que se convierta en alumno tuyo; habría más posibilidades de que lo vieras.

Abel resopló.

—No sabes las ganas que tengo de pirarme de ese gimnasio, pero todas las ofertas de trabajo tienen las mismas condiciones. —Se palmeó el pecho duro—. Oye, pues si busca a gente para conocer, ¡preséntanoslo! Los compañeros de curro son muy heteros y necesito más *jocks* en mi vida para compartir recetas de batidos.

—Mañana ceno con él. —David quiso levantarse, pero Abel lo apretó sobre sus piernas.

—Y te lo follarás. —Abel le acariciaba el pecho con el embutido.

—Pero ¿qué imagen tienes de mí?

—La que transmites.

—No me pone, ya te he dicho que no es mi estilo. Yo necesito pelo por todos lados.

Acaba de mudarse a Madrid y quiere conocer gente.

—Y luego te lo follarás.

—¡Y dale! ¿Celoso?

—Lo tendré que conocer para darle el visto bueno —dijo Abel mientras frotaba el lomo sobre la barriga de David, que lo miró con cariño antes de levantarse y agarrar el embutido.

—Ya te contaré. Me voy.

—La bolsa con el resto de la comida está en la nevera. ¿Seguro que no te quedas a ver una peli? —preguntó Abel con cara de cachorro suplicante.

—¿Cómo?

—Te dije ayer que si querías un rato de Netflix.

En ese momento, el teléfono de David vibró. Lo sacó del bolsillo del pantalón.

Saúl:

Hola! Preparando el postre
para mañana!

David sonrió. Enseguida le llegó un selfi de Saúl: detrás de él, la encimera de una cocina aparecía manchada de harina. El mentón y los labios de Saúl relucían golosos de cacao.

—¿Quién es? —Abel sobresaltó sus pensamientos.

—Es Saúl, el chico del que te hablaba.

—¿Vais a quedar, entonces?

—Que sí.

—Y...

David se rio.

—No va a pasar nada.

Abel se levantó y lo abrazó.

—Qué mimoso estás. —David le acarició la espalda con los ojos cerrados—. ¿Va todo bien?

—Sí. Solo que... antes de que llegaras, Mateo me ha asaltado la cabeza. Como el fantasma del pasado.

—Vaya, lo siento. —Quiso soltarse, pero Abel lo retuvo con delicadeza.

—Es... cuestión de tiempo.

—¿Estás conociendo a alguien?

—No. Ahora no me apetece mucho. No me apetece que nadie me maree como hizo Mateo al final.

—Bueno, con calma. Con lo pichabrava que tú eres, pronto te encariñas de otro culito rico y se te olvidan todos los males.

Abel se separó y sonrió mientras lo miraba con dulzura.

—A saber... Pásatelo bien mañana. Ya me contarás.

David le lanzó un pico al aire y le correspondió con la misma mirada dulce.

—Gracias. Pero ya te he dicho, tiene poco vello para mí. Para nosotros. Donde hay pelo...

—¿Hasta en un curso de escritura has tenido que ligar? —preguntó Nacho a David por teléfono la tarde del día siguiente.

—¡Otro como Abel! No he ligado —le contestó mientras removía el *risotto* en la sartén—. Resulta que tenemos cosas en común, acaba de aterrizar en Madrid y no conoce a nadie. El curso pasado vivía en Valdemoro, el pobre; me contó que aquello era un erial gay.

—Un erial. Qué fino te has vuelto desde que vas a clases de escritura.

—Imbécil.

—¿Y por qué no venía los fines de semana a Chueca?

—Le daba pereza y prefería pasar el tiempo haciendo ejercicio, pero, para este curso, se ha hartado y se ha mudado a Madrid.

—Qué sano y qué vago a la vez. Entonces, ¿cenáis y folláis?

—Nacho, no es nuestro estilo.

—Y entonces, ¿por qué lo invitas a cenar?

—Porque, más allá de su aspecto físico, tenemos cosas en común. Por ejemplo, le gusta el teatro.

—¿Vais a ir luego a alguna obra? Lo puedes rozar en la oscuridad, como si fuera la sauna.

—¡Que no! Además, mañana tiene que madrugar. Algo de una ruta de resistencia por la naturaleza o yo qué sé.

—Resistencia la que espero que tengas tú en unas horas.

—¡Nacho! Venga, te dejo, que estoy cocinando.

—¿Qué cocinas?

—*Risotto*. Algo rico y sano para que mañana tenga fuerzas. Habrá que cuidarlo, ¿no?

—Sí, como a Jorge.

David resopló.

—Trátalo bien, anda —continuó Nacho—. ¡Un beso!

Puntual y vestido con una camiseta blanca idéntica a la de la clase de escritura, cubierta por una chaqueta de cuero, Saúl apareció tras la puerta con una forma rectangular envuelta en papel de aluminio, una botella de agua con gas y una sonrisa. David se rio.

—¿Ahora al batido de proteínas lo llaman agua con gas? —Con la mano lo invitó a pasar y le dio dos besos. Olía a pino y pimienta.

—No bebo alcohol y ya he tenido suficiente batido por el resto del día. —Sacó la lengua.

—Pues iba a descorchar una botella de vino, pero creo que te acompañaré con agua. Del grifo.

—¡No pasa nada, no me molesta! El agua con gas para la nevera y... el *brownie* que se atempere. ¿Lo puedo dejar aquí? —Señaló la encimera con la cabeza.

—Si encuentras un sitio libre, adelante. Si no, nos tendremos que salir de la casa.

—Haré malabares para conseguirlo. —Saúl posó el bizcocho y la botella al lado de la vitrocerámica. Inspeccionó la sartén—. ¿Lo has preparado tú? ¿O es comprado?

David abrió la boca.

—¿Perdona? Pues claro que lo he preparado yo. Te dije que te invitaba a cenar y la invitación era con todas las consecuencias.

Saúl cerró los ojos e inspiró.

—Qué bien huele... —Giró la cabeza hacia David—. Sí, es casero.

—Pues verás cuando lo pruebes.

—Estoy deseando.

David sonrió.

—Pero antes... ¡Bienvenido a mi cuchitril! —Elevó los brazos—. Tiene el ancho suficiente para que haga este tipo de presentaciones de circo sin que me estampe contra nada.

Saúl se rio.

—¡No es tan pequeño!

—Creo que el camarote de los hermanos Marx tenía más espacio. Y, quizá, ellos pagaron menos que yo.

La cocina del estudio de David, como la de Abel, se embutía nada más entrar por la puerta principal; frente a esta, en el otro lado de la cocina, los pósitos inundaban un pequeño escritorio con una cajonera sobre el que permanecía un ordenador portátil. Al fondo a la izquierda, un sofá languidecía junto a una estantería blanca que ocultaba una cama de metro cincuenta y la puerta que conducía al baño, pegada a un minúsculo armario empotrado.

—Pues sí, se recorre pronto —susurró Saúl mirando al techo—. En mi piso, al menos, puedo tener una mesa con un televisor.

—Yo me tengo que conformar con llevarme el portátil a la cama o al sofá para ver Netflix. —David suspiró.

Saúl se quitó la chaqueta.

—¿Dónde la dejo?

—Encima de la cama. Dame. —David la agarró y la dobló con cuidado antes de colocarla sobre el edredón—. Pero la falta de espacio está compensada con esto. —Señaló una puerta corredera de cristal al lado del sofá. La abrió y pasó al otro lado—. Ven. Tenemos una mesa a nuestro nombre.

Saúl arrugó la frente y cruzó.

Ante ellos, una calle de edificios de ladrillo visto se desplegaba en silencio. Saúl dio dos pasos (lo máximo que podía caminar en un espacio tan minúsculo), se apoyó en la barandilla y miró a los lados y al cielo.

—El anochecer es precioso —susurró—. Y no se oye nada.

—Ventajas de vivir en una calle secundaria. Desde la primavera, y si el tiempo no se pone tonto... —David apuntó a la mesa de jardín con cubiertos y platos y dos sillas de tijera que se encontraban a su espalda—, todas las noches ceno aquí.

Saúl se acarició los brazos.

—Corre un aire rico.

David volvió a sonreír.

—Siéntate —le dijo a su invitado—. Ahora traigo la comida.

—¿Y por qué te apuntaste al taller de escritura? —preguntó David minutos después mientras dejaba el tenedor sobre el plato vacío.

—Para usarlo como escritura terapéutica.

David tragó la comida que tenía en la boca y abrió los ojos.

—¿Y eso?

—Tuve una relación tóxica con un chico del pueblo de al lado.

—¿Qué pasó?

Saúl rozaba con la mano el borde de la mesa.

—Bueno... Se empeñó en tener una relación abierta desde que comenzamos a salir. Yo no quería. Ni permeable ni nada. Él me dijo que vale, que lo entendía y lo respetaba porque me quería. Lo respetaba tanto que lo pillé poniéndome los cuernos en mi casa, en mi cama.

David respiró un segundo antes de hablar.

—Vaya. Lo siento. —Dudó antes de seguir hablando—. De todos modos, y sin que sirva de justificación a tu ex, que fue cerdo y desleal, te animo a que reconsideres el mundo de las relaciones abiertas. Yo lo sé por unos amigos que... Bueno, ya te los presentaré.

Saúl levantó las cejas.

—Quizá es que soy muy anticuado. O un clásico.

—Ahora estás en Madrid. Te vas a transformar. —Guiñó.

—Veremos.

—Te lo aseguro. ¿Y cómo llegaste de unos cuernos a un taller de escritura?

—Mi ex desapareció después de aquel día; le pedí que recogiera sus cosas pitando y se marchara. Eso sí, se dejó algo en casa: muchos sentimientos y emociones que traté en terapia... y ganas de desahogarme de otra manera. No te asustes, no buscaba ni busco nada violento. Mis amigos me recomendaron hacerlo con una novela, porque yo, de siempre, he tenido mucha labia. A la psicóloga le pareció buena idea que escribiera; por tanto, aquí estamos. ¿Y por qué te apuntaste tú a clases de escritura? —Se metió su última porción de *risotto* en la boca—. ¡Ey! —Chasqueó los dedos y David brincó en la silla—. ¿Estás bien?

—¡Sí! ¡Perdona! —respondió, apresurado—. Es que... Joder, qué historia. ¿Nunca se puso en contacto contigo, te pidió perdón sabiendo lo que habíais pactado...?

Saúl sonrió.

—No volví a saber de él. Y yo no iba a llamarlo ni a ir a su pueblo a buscarlo; no iba a ser tan gilipollas. —Levantó el vaso de agua con gas—. Y por esta historia no bebo alcohol, porque aquel día este tío iba un poco bastante pedo y me prometí que nunca terminaría así.

—Vaya... —David volvió a comer.

—Cuento esta anécdota para que la gente no me maree cuando me conoce en un bar o en una fiesta y ve que no tomo alcohol. Se queda calladita y bastante serena. Por cierto —soltó el vaso—, eres la primera persona en ¿meses? que no insiste para que me tome un copazo, «que uno al año no hace daño».

El anfitrión sonrió. La brisa volvía a correr y solo se escuchaba el motor lejano de algún coche.

—¿Y tú? —continuó Saúl—. ¿Por qué te apuntaste a clases de escritura?

—Pues... por una historia íntima también. Cuando era pequeño, pasaba mucho tiempo en casa de mis abuelos. —David percibió que las palabras le brotaban con facilidad—. Me iba allí con los libros de El Barco de Vapor que sacaba de la biblioteca, que eran el único entretenimiento que tenía en el pueblo.

—¿En serio?

—No me gustaban ni el fútbol ni el escondite, así que te puedes imaginar.

—¿Y ya escribías entonces? ¿Qué eras? ¿El poeta de la *mousse*?

David fingió ofenderse.

—¿Y esa referencia tan viejuna? Si al final eres un *boomer*.

Saúl se rio.

—Ahí empecé, sí —continuó David—. A mi abuela le encantaba escribir poemas a la patrona del pueblo que se publicaban en la revista de la feria. A mí la poesía no me gustaba. Solo la de Gloria Fuertes, que me hacía gracia. Pero, bueno, entre cuadernos y lápices, me dio por escribir historias como las de esos libros. Se las leía a mi abuela, que se ponía muy contenta y siempre me aplaudía; claro, qué iba a hacer, era mi abuela. —Intentaba no temblar—. A saber dónde estarán ahora esas libretas. Quizá mejor no saberlo; qué vergüenza.

—¿Qué dices? ¡Eran tus pinitos! ¡Es superbonito!

David le sonrió antes de continuar:

—Luego estudié Periodismo. Quizá, muchos estudiantes de Periodismo, por no decir todos, seamos escritores aspiracionales. Y con el tiempo me especialicé en *marketing* de contenidos. Ahora intento retomar los tiempos de «poeta de la *mousse*», como tú dirías.

Suspiró y se puso a jugar con el tenedor.

—¿En qué piensas? —le preguntó Saúl tras unos segundos.

—En que creo que nunca le había contado esto a nadie.

—¿Ni siquiera a un novio?

David sonrió.

—Nunca he tenido novio.

—¿Y eso? —Saúl se inclinó hacia delante y no dejó de mirarlo a los ojos.

—No me interesa.

—Qué peligro.

—No, soy muy sincero cuando veo que alguien se puede...

—¿Se puede qué? —preguntó Saúl, chulesco—. Menudo fantasma estás hecho.

David se encogió de hombros y volvió a sonreír.

—En cualquier caso —continuó Saúl—, qué honor ser el primero que escucha tu historia.

David le guiñó antes de que una lágrima atravesara su mejilla. Saúl rozaba de nuevo el borde de la mesa.

—También me gustó mucho la presentación que hiciste en clase. No sé si eso significa que tienes madera.

—Bueno...

—¡De verdad! Me sentí zopenco a tu lado. Lo que me dijo Marilia de usar clichés

no se me va de la cabeza.

—Fue el primer día de clase y por usar uno no se acaba el mundo. Te lo dice el periodista. A mí también me gustó.

—¿El que te gustó? ¿Esto? —Saúl se acarició el torso.

—Bobo. —David desvió la mirada—. Lo que escribiste.

—Gracias. Supongo que sí, que era el primer día y que es cuestión de aprender. Poco a poco.

—Pues ahora vamos a aprender qué tal está ese *brownie*. Quédate aquí.

Al salir de la terraza, vibró su pantalón:

Nacho:
Todo bien?

Nacho:
Necesitas llamada de emergencia?

David:
Jaja. Todo bien. Estamos hablando de escritura, de libros... De la vida

Nacho:
Qué cultuquetas. Así no te lo llevas a la cama

David:
Imbécil. Que madruga mañana

Nacho:
Poneos el despertador!

David:
Déjame en paz, que voy a servir el postre :-P

Nacho:
Lleva leche... condensada?

David:
Bitch!

Soltó el móvil en la encimera, cortó el *brownie* en dos pedazos y los llevó en sendos platos para la terraza. Desde la puerta, contempló a Saúl, que se había levantado y apoyado en la barandilla. Solo se escuchaba el tráfico lejano de la calle Alcalá.

—¿En qué piensas? —preguntó David.

—En mi ex. Aunque haya pasado el tiempo, se ha convertido en un monstruo que de vez en cuando regresa y me golpea. No golpea como al principio de su... desaparición, pero duele, duele un poquito. Y ahora me he puesto triste.

David se quedó en silencio; no sabía qué hacer.

—Lo siento —acertó a susurrar.

Dejó los platos en la mesa y se colocó detrás de Saúl. Dudoso, lo abrazó por la cintura. Saúl le acarició las manos y se quedaron callados.

—No tengo cucharillas de postre —rompió David el silencio deshaciendo el abrazo y separándose apenas un centímetro de Saúl—; falta de costumbre. Lo iba a servir

con las otras cucharas, pero quizá sea *too much*.

Saúl se giró hasta ponerse frente a David y apoyó las manos en la barandilla.

—Precariedad hasta en las cucharillas. No te preocupes. A mordiscos, que es como mejor sabe.

Agarró uno de los dos trozos y tendió el otro a David, que rozó sus dedos cuando lo cogió.

—¿A la de tres? —preguntó este.

—A la de tres.

—Una...

—Dos...

—Y tres.

Ambos mordieron a la vez. David cerró los ojos y lo paladeó. Se dejó embriagar por el cacao fuerte y la esponjosidad del bizcocho. Suspiró con lentitud mientras abría los ojos.

—¿Te gusta? —preguntó Saúl.

—Muchísimo.

—¡Por cierto! —Saúl se detuvo al coger la chaqueta. Recorrió el estudio con la mirada—. ¿Dónde tienes los libros? No veo ninguno. Y siendo periodista y ahora escritor...

David se rio y señaló el escritorio junto a la cocina.

—¿Ves mi, entre comillas, despacho? En la cajonera guardo alguno. En este cuchitril cabe poco más; si meto libros, me tengo que salir. Tiro mucho de biblioteca y de *ebook*, y los que compro físicos me los llevo al pueblo después de leerlos.

—Mi piso no es mucho más grande que tu cuchitril, pero si alguna vez necesitas que te guarde algo...

—Tienes pinta de que, como guarde mis libros allí, nunca los recuperaré.

—Hombre, si me recomiendas alguno y lo llevas a casa... —Saúl se puso la chaqueta—, puede que nunca regrese.

—¿Y qué quieres que te recomiende?

—Sorpréndeme.

David empezó a maquinar en su cabeza.

—Lo haré.

Saúl le guiñó.

—Gracias por la cena. —El monitor abrió la puerta—. Perdona que me tenga que ir, pero prefiero ir descansado.

—No pasa nada. Puedo tirarme toda la noche hablando.

—Yo también, pero además estoy con la modorra. Y no tienes espacio para que extienda un saco de dormir.

—En la cama caben dos.

David se sorprendió al instante de haberlo dicho. Pensó que alguna parte de su cerebro había sido más rápida que el resto.

Saúl no debió oírlo: cruzaba el umbral bostezando. Llamó al ascensor.

—Gracias de nuevo, David.

—De nada. A ti. —Se apoyó en el quicio—. Me lo he pasado muy bien.

—Me alegro de ir conociendo gente en Madrid.

—Y más que conocerás. Ya te presentaré a mis amigos.

A Saúl se le iluminó la cara.

—¡Estupendo!

El ascensor se detuvo en la planta y se abrió. David lanzó un beso con la mano.

—Que descanses.

—¿Habéis follado?

—Nacho, ¿me has llamado solo para eso? Son casi las doce de la noche, me has pegado un susto de muerte.

—Luc y yo estamos haciendo tiempo mientras el activo se ducha. ¡Pongo el manos libres!

—¡Hola! —dijo una voz en la lejanía.

David bufó.

—Voy a seguir recogiendo la terraza, que me gustaría acostarme.

—Puedes recoger con una mano y agarrar el móvil con la otra.

—Nacho... —David apilaba los platos.

—¿Pero habéis follado o no?

—Te lo he dicho antes, que tenía que madrugar, que hemos quedado solo para cenar.

—Es verdad. ¿Y de qué habéis hablado con los pantalones subidos?

David dejó los platos y los vasos en el fregadero y se tiró en la cama.

—Pues de lo que te decía por WhatsApp. De libros, de la clase, de la vida...

—¡Qué tierno! —dijo Luc con dulzura fingida.

—Sí. Mejor que no te lo hayas tirado —intervino Nacho—, que lo verás todas las semanas en clase y, conociéndote, estarías incómodo.

David siguió tumbado, en silencio.

—¿Estás ahí? —preguntó Nacho—. ¿Te has dormido?

—No, solo estaba pensando...

—¿En lo que te podías haber llevado a la boca?

—¡Cállate! ¿Os he contado alguna vez lo de los libros de El Barco de Vapor?

—¿Cómo? ¿Te vas a meter ahora a escritor infantil o qué? ¡No te pega! A ti te pega la erótica gay; con los mensajes de WhatsApp que mandas a tus rollos, ya tienes material suficiente.

David se levantó y se acarició la nuca. Miró la ciudad tras el cristal de la terraza.

—No, no es eso. Cuando os vea en persona, os cuento.

—Hablando de vernos en persona... Preséntanos a este chico. Parece interesante, muy similar a ti. ¡Tráetelo el viernes a casa!

David sonrió.

—Si me lo pides así..., por supuesto.

Capítulo 4:

Las emociones

David pasó el domingo leyendo recursos sobre escritura en internet y mandándoselos a Saúl, con el que los comentaba mientras se lanzaban chistes sobre batidos de proteína y *brownies*. El profesor de Educación Física le enviaba durante la semana enlaces de obras de teatro que quería ver y David tomaba nota; todas le interesaban.

El jueves por la tarde, mientras teletrabajaba antes de ir a clase, una videollamada irrumpió en el ordenador. Bufó.

—Mamen, contigo llamando a estas horas me temo lo peor —dijo conforme quitaba el pósit que cubría la *webcam*.

Al otro lado de la pantalla, una cara algo pixelada le sonrió antes de taparse con las manos.

—Me vas a matar, pero... el jefe y yo necesitamos ayuda con una presentación para un cliente. Urgente.

—¿A qué llamas «urgente»? Hoy es mi clase de escritura y quería salir pitando en unos minutos.

—Podemos empezar mañana, pero te voy contando...

David se concentró en lo que Mamen le decía y tomaba notas. Asentía con ímpetu y fingía tocar la batería con el bolígrafo cuando no escribía.

—¿Y esta euforia? —preguntó ella, asombrada.

—Nada. Que de vez en cuando hay que estar alegre, ¿no? No puedo dejar que una presentación me amargue la tarde.

—Sabes que te lo pido porque no me queda más remedio. Donde hay patrón...

—Lo sé, lo sé. Te estás ganando el cielo.

—Bueno, no te creas. Cada vez estoy más quemada. Después de la última revisión de salario y de saber que no van a contratar a nadie para la baja de Carla...

—Ya. Anda, sigue contándome, que no quiero llegar tarde ni amargarme más.

—¿Y esta euforia? —repitió Saúl cuando, una hora más tarde, David llegó al centro al mismo tiempo que él, por el otro lado de la acera.

—Nada en especial. —David sonrió al llegar a su altura—. Clase de escritura, un chico majo en la puerta... ¿Qué más se puede pedir?

Saúl soltó una carcajada.

—Pasa, que llegamos con la hora pegada al culo.

—No me hables. Me ha caído un marrón del trabajo a última hora... ¿Te has decidido por qué obra de teatro ver?

Entraron en el aula. Marilia los observó con los brazos cruzados.

—Justo a tiempo. Íbamos a empezar. Sentaos, vuestros compañeros os han dejado los asientos de la semana pasada. Hoy vamos a hablar de... las emociones.

David y Saúl sacaron cuadernos y bolígrafos y atendieron a Marilia, que se sentó como siete días atrás: con el respaldo de la silla como atril.

—Qué bonito cuando un texto emociona. —Se ajustó las gafas y cruzó los brazos en el respaldo—. Sea por las descripciones, los diálogos, las acciones... Si conseguimos emocionar a quienes nos leen, conseguiremos que recuerden nuestro texto, que se convierta en especial.

David miró a Saúl, que asentía concentrado al discurso de la monitora.

—Para escribir emociones lo tenemos fácil: podemos bucear en nuestro interior, en nuestros recuerdos o en lo que sentimos en el momento en el que escribimos. O, si no nos gusta o no queremos, podemos escudriñar a los personajes de una película, a los protagonistas de una noticia del informativo o a la persona a la que tenemos enfrente, y entonces nos preguntamos: ¿qué están sintiendo? Por ejemplo, David, ¿qué estás sintiendo ahora?

David se sobresaltó.

—Diría que... alegría por estar aquí.

—Vale. ¿Y qué más? ¿Cómo ha ido tu día?

—Ay. —Puso los ojos en blanco y sonrió—. Pues ha ido tranquilo hasta que, a punto de terminar la jornada, me han encargado un marrón.

—¿Y cómo te sentías?

—Bueno, cuando he terminado la videollamada, porque teletrabajo, me he tenido que aguantar mucho para no gritar y que temblara el edificio. También para no aporrear el portátil.

—Pero ahora estás mejor, ¿no?

—Sí, mucho mejor. —Miró a Saúl y sonrió.

—Bien. Esa ira, rabia, frustración... las podemos expresar como tú acabas de hacerlo, con palabras claras en la narración o con acciones. Por ejemplo, algo como: «David se metió el puño en la boca y después lo lanzó al aire, contra un saco de boxeo invisible». Algo así. Seguro que lo podemos mejorar. Podemos retocar un relato o una novela hasta que nos hartemos o lo abandonemos; tampoco nos empecinemos con la perfección. Pero me desvió. —Se giró a Saúl mientras se ajustaba las gafas—. ¿Tú qué sientes?

Saúl se rascó la cabeza mientras se ruborizaba.

—Pues... ilusión por seguir viniendo a clase, conocer gente nueva en Madrid...

—Qué bien. Esa ilusión la podemos expresar con un personaje que da saltitos o silba por la calle tras haber recibido una buena noticia por teléfono. A lo mejor nosotros no sabemos cuál ha sido esa buena noticia, no la leemos, pero la reacción de después nos indica que ha sido buena. Otro ejemplo: alguien que ha pasado un mal día, como David, ve desde lejos a una persona con la que ha quedado; entonces se anima. Pero no leemos «se anima», sino que leemos algo como «a lo lejos, David vio en la puerta de la cafetería a Tal Persona. Al instante, sintió que levitaba sobre la acera para recorrer los pocos metros que los separaban».

David se sonrojó.

—Pues nada —continuó Marilia—, vamos a crear un personaje inspirado en nosotros mismos y vamos a escribir cómo se siente o qué emociones está experimentando. Y mezclad la ficción y la realidad; como hemos visto, un encuentro inventado entre dos personas o una buena o mala noticia que hayan recibido. Y si queréis, metedle algo de fantasía; por ejemplo, un sueño o pesadilla que haya tenido el personaje y cómo eso lo ha alterado hasta desvelarse. ¡Vamos allá!

Saúl se puso frente al cuaderno y empezó a usar el bolígrafo como baqueta mientras cavilaba. David, burlón, le sacó la lengua antes de ponerse a escribir:

En la oscuridad, palpó la mesita de noche hasta que cogió el móvil. Aún

quedaba una hora para que sonara la alarma. Lo soltó y, a diferencia de otras madrugadas en las que se despertaba antes de tiempo, no se dio media vuelta para buscar el sueño. Cerró los ojos, pero se quedó boca arriba sonriendo y acariciándose el torso, regodeándose en lo que le había hecho despertarse. Bajó la mano por el ombligo hasta la goma del calzoncillo y sonrió; debajo de la goma, notaba una gran presión.

—Chiques —Marilia interrumpió el flujo de David—, acabo de recordar que tengo que hacer una llamada. Esta cabeza mía de artista... —Se echó las manos a la cinta del pelo—. Paramos un momento para descansar y a la vuelta seguimos unos minutos antes de leer los textos.

David se desperezó mientras los demás se levantaban. Saúl se acercó.

—¿Qué has escrito?

—Algo un poco picante. —El periodista sonrió.

—¿Ah, sí? ¿Se puede leer?

—Es solo para mayores de treinta años.

—Capullo.

David sonrió.

—Cambiando de tema. Un amigo organiza mañana una cena en su casa. Le he hablado de ti y de que estás recién llegado a Madrid y me ha dicho que te invite. ¿Te vienes?

Capítulo 5:

Cena de amigos

—Te lo pregunto por quincuagésima vez: ¿está bueno o no está bueno?

—Nacho, que podría ser tu hijo.

David lo ayudaba a colocar los platos y cubiertos en la mesa del comedor. El novio de Nacho, Luc, inflaba globos en el sofá.

—No, no podría ser mi hijo si ya ha aprobado la oposición.

—De nuevo: es demasiado joven y sin pelo. No es nuestro estilo.

—Quien con niños se acuesta... —susurró Luc desde el sofá.

—Oye, Luc, cada vez que nos vemos, hablas mejor el español. —David alineaba los cuchillos con los platos—. Ya metes hasta refranes.

—A ver cuándo me vuelves a meter...

—¡¡¡Luc!!!

—Estoy de acuerdo con él; a ver cuándo se la vuelves a meter. —Nacho agarró el paquete de David—. Y a mí, también. —Lo besó en la mejilla.

—Esta noche, no, que tenemos visita.

—¡Excusas!

El telefonillo sonó en la entrada, separada del comedor por una puerta corredera. Nacho y David se lanzaron un pico al aire. El primero tomó el auricular y habló con voz seductora:

—Hola... ¿Eres Saúl? ¿Has traído bebida? Si no, no te dejamos entr... —Torció la boca—. De acuerdo, nos vale.

Pulsó el botón de entrada y, tras colgar, miró a David.

—¿En serio ha traído agua con gas?

—No bebe alcohol.

—Ya lo veremos dentro de cinco minutos.

—Ni se te ocurra intentarlo —dijo David, muy serio.

Nacho se sorprendió.

—De acuerdo. Ya me contarás.

Sonó el timbre y Nacho abrió la puerta. Saúl entró con una sonrisa y levantando una botella en una mano y una bandeja envuelta en papel de aluminio en la otra.

—¡He traído *brownie*!

Detrás de él, Nacho dijo a David moviendo solo los labios: «Le perdono lo del agua con gas».

Luc paró de inflar globos y se levantó. Saúl dejó la bandeja y el agua sobre la mesa del comedor.

—Hago las presentaciones —comenzó David—. Saúl, compañero del curso de escritura. El de la voz *sexy* por el telefonillo es Nacho. Y... el que ha decidido ponerse un globo en la boca es Luc, su novio. Luc, por favor, átalos y...

Saúl besó a Nacho y a Luc. Después, David lo abrazó.

—Hola, guapo. —Le rodeó la misma mezcla de pino y pimienta de la primera noche—. Qué bien hueles siempre.

—Si quieres, nos quedamos toda la noche así.

—Oye, pues... —David seguía inhalando la fragancia— no me importaría.

Saúl se apartó y le guiñó.

—¿Prefieres el *brownie* o la colonia?

—Difícil decisión.

—Parejita —cortó Nacho—, bebemos y picoteamos en el sofá mientras llega Abel. ¿Un copazo, David?

—Entonces, a ver que a mí me quede claro... —Saúl se hundió en el sofá.

—Las burbujas del agua con gas no te dejan procesar la información —apuntó Nacho a su lado antes de coger unas aceitunas que relucían en un cuenco en una mesa de centro. Luc y David, sentados en el suelo frente a ellos, se rieron.

Saúl pidió silencio con la mano. Señaló a Luc.

—Tú viniste de vacaciones desde Bélgica hace cuatro años...

—Correcto —contestó Luc remarcando las erres.

—... y te alojaste en el estudio en el que vivía antes David y que tenía un sofá cama.

—Si ese sofá cama hablara... —David suspiró—. Puto casero estafador y rata. Cómo echo de menos ese piso.

—Porque tú —Saúl señaló entonces a David— alojabas a gente allí mediante Couchsurfing, una aplicación que usan viajeros que buscan un sofá para alojarse unos días. Así fue como Luc te contactó.

—Correcto.

—Y te lo tiraste.

David sonrió.

—Eso es.

—Da igual cuándo digas esto —intervino Nacho—. Siempre se los folla. Va caldeando el ambiente con mensajes picantes antes de que lleguen para alojarse y... *voilà!*

David le tiró una palomita de otro cuenco mientras Saúl se masajeaba la barbilla.

—Venga —continuó—, que ya te queda poco para terminar la telenovela.

—Y tú, Nacho..., los invitaste a cenar a casa la segunda noche que Luc pasaba en Madrid, porque era tu cumpleaños... Y al final te quedaste con el turista.

—Eso es. —Nacho atacó el cuenco de aceitunas—. ¿Ves cómo no era tan difícil?

—¿Estáis casados?

—¡No! ¿Qué es eso de casarse? —Tragó una aceituna.

—Bueno —susurró Luc—, quizá deberíamos hablarlo...

—Luc, no quiero perpetuar tradiciones rancias.

—Pero, amor, para los papeles...

—Mierda, he abierto un melón delicado. —Saúl bebió—. O sea —señaló a David de nuevo—, que Nacho te robó a Luc.

El periodista sonrió.

—A ver, que Luc está muy bien, muy follable y muy majo...

—Gracias —pronunció el aludido marcando erres y eses.

—... pero nunca sentí amor.

—Nunca lo sientes —interrumpió Nacho, que recibió otra palomita—. Eres un cagueta. Y mira que ninguno de nosotros creemos en el amor romántico ni en la exclusividad ni en prácticas que nos parecen tóxicas, pero, joder, es que aquí mi

querido amigo huye siempre.

David bebió.

—Gracias, Nacho, yo también te quiero. No quererte de pareja, ya tú sabes. Y a Luc también, claro. Tampoco quererte de pareja, Luc, ya tú sabes.

—Ya, ya, ya. —Nacho le devolvió una palomita—. Nosotros sabemos.

David comió una aceituna antes de hablar.

—Espero que a Abel le digas lo mismo cuando venga, que él tiene a los tíos de usar y tirar. Y todos sabíamos que lo de Mateo no funcionaría.

—Otro que tal baila, sí. —Miró a Saúl—. David y Abel formarían una pareja ideal desde mi punto de vista. Dos picafloros que se terminan juntando.

—¿Qué? —David se quedó con la boca abierta.

Luc intervino:

—Hablando de... ¿Cómo era? Picafloros. Saúl, los tres follamos entre nosotros.

Saúl abrió la boca.

—¿En serio?

Nacho observaba a Saúl sin dejar de comer aceitunas.

—Claro, cariño. Amistad a tope. También te digo: follamos cuando nos entra el calentón de fiesta. O cuando viajamos a Gran Canaria, que la familia de Luc tiene casa y nos vamos siempre unos días al comenzar el verano. Allí pasan... cosas.

—Lo que pasa en Gran Canaria se queda en Gran Canaria —apuntó Luc—. Ni siquiera a Abel se lo contamos. Él no viene, es más de viajar solo. Y mira que le insistimos, pero nada; como decís en España, es terco como una mula. Será que no quiere compartir sus rollos con nosotros.

—No te preocupes, Saúl —siguió Nacho—, que no te hemos traído para eso. Eres muy mono; sin embargo, necesitamos algo más de pelo en nuestra vida.

—Me quedo más tranquilo —dijo Saúl con ironía—. ¡A mí también me gusta el pelo! Pero estoy en barbecho ahora mismo. —Todos rieron—. ¿Y al chico al que estamos esperando, a Abel, también os lo tiráis? Aquí en Madrid, claro, y aunque no quiera compartir sus rollos con vosotros.

Nacho y Luc volvieron a reír. David negó:

—Él es como un hermano. Dice que soy su «hermano elegido». Los dos somos del mismo pueblo y nos llevamos un par de años. Nunca tuvimos trato de pequeños. Me reencontré con él hace un tiempo, cuando vine a trabajar aquí, y, para un puente, vi que ofrecía su coche en BlaBlaCar. Intimamos más y hasta hoy.

Nacho pidió la palabra mientras dejaba el bol vacío de aceitunas sobre el brazo del sofá.

—Sois la pareja perfecta.

—¿Otra vez? —David enrojeció—. No vuelvas a decir eso.

—De hermanos. La pareja perfecta de hermanos, y hermanos de aquella manera. —Miró a Saúl—. Abel es atractivo y majísimo, eso sin duda, pero a Luc y a mí no nos ponen tan fibrados, qué le vamos a hacer.

Saúl bebió y se acarició la barbilla. Señaló a Nacho:

—Me falta saber cómo os conocisteis David y tú.

—Por Grindr. Esas modernuras de apuntarse a cursos de escritura para conocer a gente no son lo mío ni eran lo suyo hace unos años. —David le tiró un puñado de

palomitas—. ¡Vas a barrer tú, maricón! Aunque en un principio no conectamos por el sexo, sino porque estábamos recién mudados los dos al barrio y buscábamos gente nueva. Luego surgieron las chispas, el cariño... Algo así. —Se rio.

En ese momento sonó el telefonillo. La pareja se levantó.

—¿Abres, Luc? —sugirió Nacho—. Voy a ver cómo está el asado.

Al quedarse solos, David miró a Saúl.

—¿Qué tal te lo estás pasando?

—Genial. Estáis loquísimos los tres.

—El que viene es más relajado. Te servirá de contrapeso. —Sonó el timbre—. ¡Ahí está!

David se levantó y abrió. Abel entró veloz al comedor, vestido con la ropa corporativa del gimnasio y una bolsa de deporte.

—¡Hola! —Soltó la bolsa junto a una silla y se acercó con los brazos abiertos a David, pero frenó de inmediato—. Mejor que no nos toquemos, que aún no me he duchado.

—Muy bonito.

—Es que, si no, llegaba aún más tarde. Nacho me presta su baño antes de irnos al Zarpa.

—¡Lo sabía! —gritó David—. Se lo dije, que terminaríamos en el Zarpa.

—Hemos decidido ir de empalme al aeropuerto. —Nacho entró con la bandeja del asado y Luc, detrás—. La noche es joven. Iros sentando. Abel, ¿tú quieres vino?

David se disponía a obedecerlo cuando se fijó en la mirada perdida de Abel, en algún punto cerca del sofá. Se giró y vio a Saúl, que se había levantado y miraba al recién llegado.

—Perdonad, que no os he presentado. Abel, Saúl. Saúl, Abel. Ya ha llegado el que faltaba. No lo abras, Saúl; aunque quizá estaría bien que lo hicieras para pegarle algo de tu colonia.

—Me espero a que se duche.

Abel y Saúl se rozaron los puños sin dejar de mirarse. Sonrieron.

—Encantado de conocerte —continuó Saúl—. Los chicos han hablado muy bien de ti. A ver si es verdad.

—Espero estar a la altura.

—A la altura no lo sé —interrumpió Nacho mientras cortaba la carne—, pero de diámetro de bíceps me parece que estáis igualados. ¡Sentaos de una vez!

Nacho presidió la mesa con Luc a su derecha y David a su izquierda.

—Me siento al lado de David —dijo Abel—, que así Saúl me tiene enfrente y me interroga mejor.

—Qué presión... —Este se acomodó y tendió su plato a Nacho.

—Por cierto —Abel miró a David—, no te dije la semana pasada que no te perdiste nada en los carnavales del pueblo. Cada año se disfraza menos gente.

—Me lo imaginaba.

—¡Ah! ¿Has estado en el pueblo? —preguntó Saúl.

—Eso es.

—Él también es de pueblo —intervino David.

Saúl sonrió con timidez.

—¡Anda! —Abel dio su plato a Nacho—. ¿De dónde eres?

—¡David, se me olvidaba! —interrumpió Nacho—. Ayer nos encontramos en Grindr a tu compañero de curro, la nutria de Toledo.

—¡No! ¿Y le escribisteis?

Con Luc, se centraron en hablar sobre la nutria. David miraba de vez en cuando a Abel y a Saúl, que de los pueblos habían pasado a charlar sobre su trabajo. El profesor seguía sonriendo con timidez, agachando la cabeza de vez en cuando.

Luc trajo un cuaderno de dibujo y unos rotuladores y pintó la escena. Tras terminar su plato, Abel se reclinó en la silla.

—Me flipa estar rodeado de escritores y pintores —susurró el monitor.

—Hablando de escritores —lo cortó Nacho—. David, ¿vas a escribir ficción erótica en el curso? O no tan ficción... ¡Saúl, dile que te enseñe las conversaciones de WhatsApp que tiene con sus rollos! Lo ves ahora muy tranquilito, pero cuando se desata... Uno le respondió: «Si no vienes ahora, me haré una paja leyendo tus mensajes del otro día».

David le amenazó burlón con un cuchillo.

—Yo —continuó Abel—, para lo único para lo que uso las manos es para... ejercicios con mancuerna.

—Apúntate e intenta escribir —musitó Saúl—. Quizá te lleves una sorpresa. Yo estoy muy a gusto.

—A lo mejor te hago caso.

—¡Habría que verlo! —dijeron Luc y Nacho a la vez.

—Ñiñiñi. La parejita.

—Pero si llevan razón, Abel. —David dejó los cubiertos sobre el plato—. Si cada vez que vamos al teatro te duermes. ¡La última vez roncaste!

—¡Eh! —Abel le echó el brazo por encima y lo arrastró hacia sí—. ¡Cómo le dices eso a tu hermano! —Lo besó en la cabeza.

—¡Suelta! ¡Que no te has duchado!

—¡Pero si te gusta!

Luc y Nacho se rieron mientras Saúl volvía a sonreír cortado.

—¡Saúl, ni se te ocurra reírte! —David se zafó acalorado—. ¡Abel, tío! ¡Dúchate, marranona!

Abel permaneció en silencio unos segundos antes de contestar.

—Si me enseñas un pezón.

—¿Qué? La alfombra entera del pecho te voy a enseñar.

—Por mí... —Abel se ruborizó y besó el aire.

—Venga, sí, dúchate. Mientras, nosotros recogemos. —Nacho apilaba los platos—. Nos comemos el *brownie* antes de irnos al Zarpa.

—¡Recojo y friego yo! —Saúl se levantó—. Ya que soy vuestro invitado...

—¿Qué dices? Ni de coña. ¿Tienes edad legal para trabajar? —Nacho le sacó la lengua.

—Claro. Y para otras cosas que te enseñaré cuando quieras.

Todos berrearón y aplaudieron. Nacho levantó las cejas.

—Pues dale mientras este se ducha. Menos cosas para el lavavajillas.

David se levantó.

—Te ayudo a recoger.

Llevaron a la cocina los platos y cubiertos, que amontonaron en el fregadero. David acarició un hombro a Saúl.

—¿Cómo te lo estás pasando?

—Muy bien. Gracias por presentármelos. Aunque no me creo que seáis tan liberales.

—Porque estás aún en *mood* vida preposiciones. Ya te soltarás y aprenderás.

—No lo creo.

David lo miró suspicaz.

—¿Seguro que todo va bien?

Saúl enrojeció.

—Sigo pensando en él. Me ha venido su recuerdo de repente, como un látigo.

David entendió.

—Ánimo. Dime si te puedo ayudar con algo.

—Gracias.

Se abrazaron.

—No tienes por qué fregar los platos —dijo David al separarse.

—¡En serio! ¡No me importa!

Nacho irrumpió en la cocina.

—¡Deja que lo haga si tantas ganas tiene! Y ahora —arrastró fuera a David y le susurró al oído—, nosotros vamos a hablar en la terraza.

La terraza se situaba junto al comedor. Luc los esperaba tirado en un sofá formado por dos palés de madera y unos cojines. En la calle donde vivía la pareja, se desplegaban edificios bajos y silenciosos. Un vecino salió del portal de enfrente con un perro y se marchó calle abajo.

—Aquí estamos más cómodos. —Nacho tiró a David al lado de Luc y se sentó junto a ellos.

—¡No cabemos los tres en este potro de tortura! ¡Compraos un sofá decente!

—Si lo prefieres, vamos a tu terraza, a ver si allí cabemos los tres.

—Gracias por recordarme el zulo en el que vivo.

—Compra casa de una vez.

—Si tuviera tus ingresos y tus ahorros, mañana mismo. ¿Para esto me habéis traído?

Luc encendió un cigarrillo y dio la primera calada mirando al cielo antes de hablar.

—No. Yo solo quería fumar tranquilo, pero Nacho tiene ganas de... ¿Cómo se dice? Salseo.

Nacho se rio.

—Muy bien, Luc. A ver, cariño. —Acarició el pecho a David y pegó su barriga a la de él—. ¿Qué ha pasado con Jorge?

David suspiró.

—Nada.

—¡Es majísimo! Me responde a todas las *stories* que publico. Es muy divertido.

—¿A todas las *stories*? Un poco pesado, ¿no?

—¡No! Pero ¿por qué habéis terminado tan mal?

—¿Terminar? ¡Como si hubiéramos empezado algo!

—Es verdad, que tú nunca empiezas nada. —Nacho lo besó en la mejilla—. Nada de compromiso, nada de conocer a un chico más allá de los pelos de su culo... Un ano es lo más profundo que te atreves a conocer.

David se cruzó de brazos.

—Una pena —continuó Nacho—, porque aquella noche parecía muy interesado en conocerte más. —Suspiró—. Si me pregunta por ti, ¿qué le digo?

—¿Cómo que si te pregunta por mí?

—Cuando me responde a las *stories*, también me pregunta cómo estoy, cómo está Luc..., así que no me extrañaría que algún día también lo hiciera por ti.

—Pero ¿por qué te sigue escribiendo?

—Qué borde, David, de verdad. —Nacho suspiró.

—Si te pregunta, dile que estoy muy liado con el trabajo. No sería ninguna mentira. Por lo menos que las horas extra sirvan como excusa de algo.

Nacho le acarició la mejilla y apoyó la cabeza en su hombro. Luc hizo lo mismo desde el otro lado.

—Es que no tenía conversación —siguió David—. Un libro, un ir al teatro... ¿Qué puedo hacer con él, además de rozarme?

—David, si te vuelve a escribir, por favor, respóndele. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Aunque ya me escribió el otro día y le contesté. Y creo que no lo volverá a hacer.

—Y mándale uno de mis *stickers* —añadió Luc—, que quiero darles más difusión.

—Entre el enfermero y el ilustrador, me tenéis hoy frito.

Contemplaron las ventanas iluminadas donde las cortinas ocultaban otra vida de comienzo de fin de semana. De repente, el ruido ambiente del grifo abierto de la cocina desapareció. David se levantó como un muelle.

—Ha terminado de fregar.

—Déjalo. —Nacho lo agarró del brazo y lo devolvió al sofá—. Que lo entretenga Abel. Quiero saber... ¿Cuál es el drama de Saúl?

David suspiró antes de hablar.

—No soporta el alcohol porque tuvo un novio en relación cerrada que le puso los cuernos. Lo pilló con el amante en medio de un buen pedal.

—¿Qué? —Luc paró el cigarrillo a medio camino de la boca—. ¿Y quién busca hamburguesa fuera de casa teniendo a ese solomillo?

—Al parecer, el novio quería una relación abierta y Saúl, no. Y el novio pasó por el aro hasta que no aguantó más.

—Pues esta noche ha venido al lugar ideal: rodeado de monógamos. —Nacho volvió a apoyar la cabeza en el hombro de David—. Podría abrirse de mente, la verdad.

—Cada uno tiene su visión de las relaciones, ¿no?

—¿Cómo? —Nacho se incorporó mientras Luc se reía con el humo del cigarrillo saliendo de su boca—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con el David que nunca

quería oír hablar del concepto de pareja tradicional?

David se encogió de hombros.

—No lo vamos a crucificar.

—No me he dado cuenta del vino que has bebido durante la cena. Porque, si estuvieras pedo y en Chueca, si alguien te hubiera hablado del amor y de las relaciones cerradas, habrías empezado a berrear y a decir que la pareja tradicional es carca y que menudos rancios y que...

—Sí, sí, lo sé. Pero mi forma de pensar no tiene por qué ser la del resto de la humanidad. Es más, hasta yo... podría cambiar de opinión en algunos temas.

—¿Tú cambiando de opinión sobre este tema? Qué bueno saberlo. Entonces, ¿estarías dispuesto a tener una cita con Jorge?

—¿A qué viene eso ahora?

—No sé. Quizá es que eres capaz de arriesgarte y darte cuenta de que no hay nada malo en dar amor, cariño, ternura... no solo a tus amigos. Con pareja abierta, permeable o sin ella.

Luc asintió mientras soltaba humo. David gruñó.

—Nacho, de verdad, qué pesad...

Escucharon risas detrás de ellos. Se levantaron. En el salón, de pie, Saúl charlaba animado con Abel, que había salido del baño mojado y solo cubierto con una toalla alrededor de la cintura.

—Uy —susurró Nacho—. Estos dos se enrollan.

—No creo —susurró también David—. Saúl es demasiado culto y sin pelo para Abel.

—¿Cuánto tiempo lleváis ahí? —preguntó Luc antes de dar la última calada al cigarrillo y entrar.

Saúl y Abel se miraron y se encogieron de hombros.

—No sé —arrancó el primero—. Tal vez... ¿cinco?, ¿diez minutos?

—Abel, te puedes cambiar en el dormitorio —dijo Nacho pasando al comedor—. Ya sabemos que estás muy fibrado. —Se acercó a Saúl y le murmuró—: Le encanta lucirse. Tendrías que ver su Instagram.

—¡Te estoy escuchando! —Abel cogió su bolsa de deporte—. ¿Alguien me acompaña?

—¡Nosotros! —gritaron Luc y Nacho a la vez.

—Lo he preguntado con la boca chica. —Guiñó a Saúl.

—Es broma. —Nacho le dio un cachete en las nalgas—. Vamos a recoger el baño mientras te vistes.

Los tres se marcharon por el pasillo y Saúl se quedó en el salón. David lo observaba desde la terraza.

—Tu hermano-amigo es más relajado, sí —dijo el profesor.

Apoyado en el borde de la puerta, el periodista sonrió.

—Lo sé. ¿Has visto lo que tienen estos aquí fuera? Incomparable a lo mío.

Saúl se asomó y recorrió el espacio.

—Bueno, lo tuyo tiene su encanto. Tampoco la cambiaría por esta.

—Pelota.

Saúl lo abrazó. David lo estrechó mientras aspiraba su fragancia en el silencio de

la calle.

—Pareja —interrumpió Nacho—, *brownie* y a perrear.

Capítulo 6:

Fiesta en el Zarpa

En el Zarpa, después de pedir las copas, los cinco bailaban. Luc y Nacho se comían la boca mientras Abel intentaba espantar a un chico que no dejaba de hablarle. David agarró a Saúl del brazo.

—Nos necesita.

Llegaron al lado del monitor, que escuchaba con cara de impaciencia lo que le decía el joven. David besó a su amigo con fuerza en la mejilla y miró insolente al chico, que se marchó asqueado.

Abel bufó y se abrazó a su amigo.

—Gracias. —Le tocó el culo.

—Abel, la mano...

—¿Qué más da? —Se separó y lo contempló con ojos brillantes.

—Tú y yo no podemos enrollarnos.

—Otra vez. Que los dos seamos activos no significa que no hagamos otras cosas más allá de rompernos el culo.

—No lo digo por eso.

Saúl presenciaba la escena divertido.

David intentó cambiar de tema.

—Estás un poco borracho, creo.

—Lo que estoy es meándome. Voy al baño. ¿Te vienes?

—Aún aguanto.

Abel le estampó los labios en la mejilla y se marchó acariciando la cara de Saúl, que se apartó riendo nervioso.

David puso los ojos en blanco.

—Menudo personaje —dijo Saúl.

—Menos mal que tú eres más tranquilo. ¡Oh, me encanta esta canción!

La pista repleta de barbas y vello rugía. David se acercó a Saúl y, con la cadera, rozaba la cintura del profesor. Pegó el pecho a su espalda y se deslizó por sus piernas hasta los tobillos. Al subir, palpó el culo y, como Saúl no se espantó, lo apretó. Apoyó la frente en su nuca y cerró los ojos mientras aspiraba la fragancia que perduraba. Llevó las manos a la cintura de él y recorrió el duro torso. Buscó los pezones y jugó con ellos.

Saúl hundió la cabeza en el hombro de David, que lo besó en la mejilla mientras su corazón se aceleraba. Lo estrechó con los brazos.

Sus lenguas se mezclaron con torpeza.

David retiró la boca enseguida y siguió bailando pegado a Saúl con los ojos cerrados. Cuando los abrió, Nacho se había acercado y le sonreía. David se soltó de Saúl y juntó la frente con la de su amigo. Jugaron a rozarse la nariz hasta que sus bocas se fundieron.

—Tengo que ir al baño —dijo Nacho al cabo de unos segundos.

—Voy contigo. Deja que le pregunte a Saúl si necesita...

—Es adulto, David; no se va a perder.

David dudó.

—Vale.

Atravesaron diferentes grupos de osos. Nacho se paraba a hablar con algunos y

David apartaba la mirada al cruzarse con otros. Cuando les tocó hacer cola, el enfermero abrazó a su amigo y le dijo al oído:

—He reconocido a dos chicos que me enseñaste en Scruff y de los que me contaste grandes guarrerías. Una pena que no intimaras más con ellos. Como casi siempre, por no decir «siempre».

—¡Pesado!

Nacho siguió susurrando:

—Esta noche, haznos esas guarrerías a Luc y a mí.

David soltó una carcajada.

—¿No te apetece? —continuó con los ojos brillantes.

—Esta noche me apetece algo... diferente.

—¿Ah, sí? ¿Con quién?

—Anda, tira y mea, que estamos atascando el pasillo. —Le dio una palmada en el culo.

Cuando subieron, Luc hablaba con un oso que podría ser su hermano gemelo y, en cuanto avistó a Nacho, lo apremió con la mano para que se acercara. El novio, como atraído por un imán, aceleró el paso y sorteó a sus compadres peludos hasta colocarse al lado del desconocido y manosearle la espalda.

David sonrió con la escena antes de buscar con la mirada a Saúl, que ya no bailaba: hablaba al oído de Abel. Pero, además, le había echado el brazo sobre los hombros y sus cuerpos se habían pegado.

Se acercó con lentitud conforme los osos lo dejaban pasar. Frente a él, a un lado, Nacho y Luc sobaban las columnas de mármol del desconocido. Al otro, Saúl sonreía con las palabras de Abel; el monitor, cuando se reía lanzando la cabeza al techo, mostraba la misma felicidad.

David comenzó a bailar solo. A su alrededor, todos brincaban pegados o se comían la boca. Evitaba a sus amigos, pero de soslayo veía que seguían en la misma actitud.

Se acercó despacio al trío de Nacho, Luc y el gemelo de este. Conforme lo hacía, sentía que sobraba. Y concluyó que a su espalda, con Abel y Saúl, también sobraba.

Se marchó sin despedirse.

Capítulo 7:

Espejos y ojeras

Nacho:

Dónde te metiste?

Ligaste?

Tumbado en la cama, con el pijama pesándole, David sintió un pinchazo en el estómago.

David:

Buenos días yo también ;-)

David:

No. Me estaba agobiando y me fui a casa

Nacho:

Sin despedirte???????

Dudaba qué responder, pero el propio Nacho salió a su rescate:

Nacho:

Luc y yo fuimos a casa con su hermano gemelo abandonado en la puerta de un convento al nacer. Dos Luc follándome toda la madrugada. Tengo el culo... Casi perdemos el vuelo!

David:

Qué envidia!!!

Nacho:

Si te hubieses quedado, te habríamos invitado

David:

Habría que ver si el gemelo de Luc me hubiera admitido

Nacho:

Seguro que sí ;-)

David suspiró y soltó el móvil en la mesita de noche. Se ovilló bajo el edredón y las sábanas. Pronto sintió la presión de la vejiga y se acordó de la última vez que había orinado: en la cola del Zarpa. El recuerdo del local lo acribilló. «¿Cómo es tan fuerte esta resaca? ¿Es resaca?».

Cuando ya no aguantaba más, se levantó.

Relajado segundos después, volvió a suspirar y se miró en el espejo del lavabo. La luz blanca del mueble resaltaba una imagen que otras veces no veía; los ojos se habían oscurecido.

Fuera del baño, sonó una notificación de WhatsApp.

David salió, cogió el móvil y se enroscó otra vez.

Bufó.

Abel:

Hola!!!!!!

Te perdimos anoche!!!!

Abel:
Me enrollé con Saúl!

Volvió a bufar. Se preguntó si sería su gesto más repetido del día.

David:
OMG

David:
Yo me fui a casa a dormir

Regresó a la pantalla de los chats. Debajo del de Abel, brillaba el último mensaje de Nacho: «Seguro que sí ;-».

David:
Todos follasteis menos yo

Abel:
Envidioso?

David se sofocó y sintió una presión en el estómago.

David:
Envidioso de qué???

Abel:
De que todos nos frotáramos ayer menos tú

Suspiró calmado.

David:
Euh... No.
Hay que saber cuándo no bajar el listón :-P

Abel:
Jajajajaja

David dejó el móvil en la mesita de noche y volvió a suspirar, aunque no de alivio. De pronto, la casa tembló; su estómago pedía paso. Volvió al baño. Cuando terminó, se restregó la cara con agua fría. Al mirarse en el espejo, le pareció que las ojeras eran aún más profundas que unos minutos antes.

Salió, agarró el móvil y se dirigió a la minúscula nevera; apretado entre táperes con restos de pasta, resaltaba un tetrabrik de leche. Lo cogió, cerró y rebuscó en el armario sobre la vitrocerámica; las latas de atún se apilaban junto a un tarro con arroz. «¿No hay donuts y *cookies*?». Se sentó en el suelo con el móvil y el tetrabrik.

Nacho:
Nos vamos a comer a un restaurante nuevo! Tiene buena pinta!

Nacho:
Qué haces esta noche?

David:
Creo que me quedo en casa.

Nacho:
No vas a salir? Has quedado con alguien?

David:
No. Me apetece estar solo

Nacho:
Uyuyuyuy.
Aquí ha pasado algo...

David:
Nada.
Estoy muy cansado de anoche

Nacho:
Bueeeeno.
Si estuviéramos en Madrid, te sacaría a rastras, que el gemelo de Luc nos ha escrito
y quería mambo...
Jeje

Nacho:
Llama a Abel!

David dejó el móvil en el suelo y siguió sentado junto a la nevera.

Capítulo 8:

El diálogo

David no necesitó llamar a Abel como le sugirió Nacho, porque fue Abel quien lo llamó cuando al estudio solo lo alumbraban las farolas de la calle.

—¿Qué haces?

—Pues... preparando la cena. —David se levantó del suelo con la rapidez que le permitían sus piernas dormidas.

—¿Vas a salir?

—No. Creo que me quedaré viendo Netflix.

—¿Te vienes a tomar algo con Saúl y conmigo?

El hormigueo de las piernas de David cesó.

—No. Voy a ver Netflix, te he dicho.

—Nos vamos los dos a tu casa y vemos una película.

—Los tres no cabemos en el sofá ni en la cama ni en la terraza. Si quieres, salimos al rellano, pero no me parece una buena idea.

—Vaya, parece que no quieres verme... —dijo Abel, burlón.

—Es que estoy muy cansado, Abel. Solo eso. —David rebuscó en los armarios de la cocina hasta que encontró una caja con infusiones de tila.

—He estado toda la tarde hablando con Saúl. Es supertierno, ¿eh?

—Sí, supertierno. —Sacó un sobre de tila de la caja y, cuando iba a guardarla en el armario, decidió sacar otros dos—. Te dejo, que voy a seguir preparando la cena.

—Abrió el grifo del fregadero con furia para llenar una taza.

—Venga, que aprove...

David colgó mientras cerraba la puerta del microondas. El agua se calentó con las luces del estudio aún apagadas.

El jueves, de camino a la siguiente clase de escritura, conforme el metro avanzaba estaciones, la presión en la garganta aumentaba. Cuando llegó a su parada, aceleró el paso para salir cuanto antes a la calle, pero la brisa primaveral no lo calmó; notó que apretaba los dientes.

Al entrar en el aula, Marilia le sonrió afable.

—Buenas tardes, David. ¿Cómo estás?

Con esa sonrisa, el periodista se calmó al instante.

—Siéntate, por favor. —Marilia señaló el lugar vacío a su izquierda—. Solo falta Saúl, pero es la hora y ya sabéis: la puntualidad es una virtud.

La calma se desmoronó.

—¿Sabes dónde está? —continuó Marilia.

—Ni idea.

David se arrojó a la silla, sacó de la mochila el bolígrafo y la libreta y los tiró en la mesa. Marilia abrió la boca; David esperó que le dijera algo, pero, tras unos segundos de duda, la profesora se dirigió al resto de compañeros.

—Chiques, pronto tendremos la clase con invitades. Os mandaremos un correo electrónico y también lo publicarán en redes sociales. Estad atentos. Mientras tanto, quiero que sigamos jugando con la escritura. Hoy vamos a hablar del diálogo. Los diálogos tienen que sonar naturales, sin caer en conversaciones banales; también, aportar información útil para...

David dejó de escuchar. ¿Dónde estaría Saúl? ¿Le habría pasado algo? ¿O estaría con...?

«Bueno, si están juntos, no pasa nada. Son adultos, se han gustado y ya sabemos que Abel dispara a todos los frentes. Aunque lo suyo no son los yogurines. ¿Será la excepción que confirme la regla?».

Marilia dio una palmada que lo sacó de sus pensamientos.

—Por tanto, chiques, juguemos con los diálogos. Empezaremos hoy la práctica y continuaréis en casa. Leeremos los resultados la semana que viene. Quiero que escribáis un diálogo ficticio entre dos amigos. Une le cuenta a otre sus problemas. Intentad ser sutiles...

«Estoy yo para sutilezas».

—... pero no os preocupéis si no sale. Yo estaré durante toda la clase para resolver vuestras dudas. Vamos a descansar un momento y seguimos.

«¿Ya? ¿Qué hora es?».

—Sé que acabamos de empezar la clase, pero quiero que le deis vueltas al diálogo mientras hacéis tareas rutinarias: ir al baño, caminar por el pasillo del centro, fumar un piti... No hay como una tarea mecánica para que de repente el cerebro, que trabaja en piloto automático, nos dé una buena idea. A ver si os pasa.

David se aireaba en la calle. Jugueteó con el móvil en la mano. ¿Y si le escribía un wasap a Saúl? ¿Y si lo llamaba? «No, llamarlo no, que voy a parecer muy desesperado».

David:
Ey! Estás vivo?

Guardó el móvil en un bolsillo del pantalón. ¿Desactivaba los datos para que las notificaciones no lo interrumpieran mientras escribía? «Pero entonces estaré mirándolo cada dos por tres». Sacó el móvil y lo puso en modo vibración.

—¡Vamos! —Marilia lo asustó—. ¡A darle a esas neuronas!

En el aula, David se sentó temblando. Abrió la libreta y empezó a pensar... en el teléfono móvil. ¿Sentiría la vibración en el bolsillo? ¿Al final había desactivado los datos o no? Lo sacó de nuevo para comprobarlo. Sí, estaban activados.

—No usamos el móvil en clase, por favor. —Marilia lo asustó otra vez, susurrándole al oído—. A no ser que sea urgente.

—Lo es.

—¿Hay alguien enferme?

«Creo que yo». David apretó los labios ante Marilia.

—Un amigo. —Se detuvo unos segundos antes de seguir—. Rayadas que le vienen de vez en cuando y...

—¿Qué le dirías? —Marilia se arrodilló—. ¿Cómo sería ese diálogo en una novela para que los lectores entiendan que tiene «rayadas», como tú las llamas? Ese es un punto de partida para el ejercicio. —Le sonrió acariciándole el hombro—. Voy a ver a les compañeres.

Enrojecido, el corazón de David se embolsó mientras la boca se le convertía en

papel de lija. Mientras sacaba una botella de agua de la mochila, el móvil vibró. La botella se cayó al suelo.

—¡Perdón, perdón, perdón! —Suspiró y sacó el móvil.

Saúl:

Ey! Sí, perdona! Es que he estado hablando con tu amigo Abel después de trabajar.

Luego, siesta... y me he quedado frito, jaja

Saúl:

La siesta me la he echado yo solo, eh, jaja

David tardó unos segundos en contestar.

David:

Aaaah

Saúl:

Cómo ha ido la semana? No he sabido nada de ti

Sintió unas manos sobre sus hombros.

—El teléfono, David —susurró Marilia—. ¿Cómo lo llevas?

David resopló apretando el móvil entre las manos.

—Me cuesta concentrarme.

La profesora se sentó frente a él.

—Voy a aprovechar que Saúl no está... Por cierto, ¿has hablado con él? ¿Le has escrito?

—¿Yo? ¿Por qué?

Marilia abrió los ojos sorprendida y sonrió guasona.

—Por nada. Creía que habíais hecho buenas migas. Mira, «buenas migas». Un cliché. Eso, que pensaba que habíais congeniado.

—Sí, bueno... —David torció el labio.

—A lo mejor se encuentra mal.

—Ojalá —musitó.

—¿Cómo?

—¡Nada, nada! Que mejor que no esté con...

—¿Anginas?

—No, que no esté con... Bueno, da igual. Que eso, que me cuesta concentrarme.

Marilia se repantigó en la silla mientras se cruzaba de brazos.

—¿Qué te pasa por la cabeza? —David le sostuvo la mirada. Sonrió comprensiva—. Te pase lo que te pase, a través de la escritura lo puedes soltar.

El periodista apretó los labios antes de hablar.

—¿Te importa si continúo en casa? No me encuentro bien.

—¿Como tu amigo?

—¿Qué amigo?

A David le pareció que Marilia se contenía la risa.

—Del que me has hablado, el de las rayadas.

—¡Ah! Sí, sí.

—¿También tienes rayadas?

—Creo que es... el estómago.

—El estómago. Vale. Pues a cuidar ese estómago... y lo que no es el estómago. —
Marilia le guiñó—. Que descanses. Y quiero ver ese ejercicio la semana que viene.

David dejó el ordenador del trabajo en el suelo y abrió el portátil personal. Tecléo con una velocidad que no recordaba en su trabajo diario. «Si lo escribo a mano, voy a tardar más en escupirlo».

—¿Qué pasa, David?

«Un momento. ¿Quién es el otro personaje? ¿Con quién hablo?».

«Con Abel —dijo una voz dentro de su cabeza—. Con Saúl».

—Con Nacho —musitó.

—Hola, Nacho.

—¿«Hola, Nacho»? ¿Así, sin más? ¿Hay algo que quieras contarme?

—No, creo que no.

—David, ¿es lo que yo creo que es?

—¿El qué?

—No. Me lo tienes que decir tú. Te tienes que atrever tú.

—Estoy enfadado con Abel.

—¿Enfadado? ¿Con tu hermano? ¿Por qué?

Se mordió el labio mientras recorría la pantalla con el puntero del ratón.

—Es... difícil de contar.

—David, no me marees.

«No, Nacho no sería tan borde». David borró la frase.

—David, sabes lo observador que soy y... me he dado cuenta de cosas. Pero me las tienes que confirmar tú. Tómate tu tiempo. Yo estaré aquí siempre.

—Gracias.

Capítulo 9:

La estructura y el monólogo interior

El fin de semana, David se quedó en casa viendo películas y series y no escribió a nadie. Nacho y Luc regresaron de Canarias. Abel no le escribió y supuso por qué.

Llegó el jueves por la tarde. Conforme el metro recorría paradas, David lanzaba suspiros más largos que asustaban a los viajeros que lo acompañaban. Recorrió con la cabeza gacha el camino hacia el centro cultural. En la puerta, dudó si entrar; tras unos segundos, apretó los labios y se encaminó al aula. Sus pasos resonaban como bombos en el pasillo vacío.

Marilia lo recibió con una sonrisa y le señaló el lugar que había ocupado las semanas anteriores. David le correspondió con otra sonrisa y se sentó. A su izquierda, un asiento se encontraba vacío, como vacío se encontraba también el que siempre había ocupado Saúl frente a él. Sacó la libreta y el bolígrafo. El resto de compañeros conversaban despreocupados.

Enseguida llamaron a la puerta del aula. Saúl entró sonriendo y saludando a un lado y a otro con la mano. David agachó la cabeza y movió el bolígrafo entre los dedos.

Saúl se dirigió al sitio libre a la izquierda de David, al que acarició en el hombro.

—Buenas tardes —lo saludó cantarín.

—Ey.

Saúl arrugó la frente. Sacó la libreta y el bolígrafo con lentitud.

—Bien, vamos empezando, aunque falte una persona. —Marilia adoptó su clásica pose de sentarse con el respaldo de la silla como coraza—. No se me olvida que os pedí una práctica para esta semana, pero la veremos al final de la clase. Saúl, ¿te dijeron algo les compañeres sobre la práctica?

Saúl se quedó boquiabierto.

—No, nadie me dijo nada.

Miró a David, que enrojeció. Marilia también lo miró en silencio y torció la boca.

—No me di cuenta de decírtelo o ponerlo en el grupo de WhatsApp. Perdona.

Los compañeros también se disculparon entre susurros.

—También es verdad que él no ha preguntado si había que hacer algo —continuó.

Saúl abrió rápido los ojos y despacio, la boca. Marilia lo imitó.

—También es verdad —musitó Saúl.

—No pasa nada —solucionó Marilia—. Saúl, en el descanso hablo contigo. Bien. Hemos trabajado los personajes, las emociones, el diálogo... Lo he hecho así porque quería que jugáramos con las palabras y que no os obsesionarais desde el principio con la idea, la magnífica idea —exageró la voz y alzó los brazos— para el relato de la antología que vamos a autopublicar. Ha llegado el momento. Quiero que expongamos en clase las ideas con el fin de que crezcan gracias a los aportes que os hagáis entre vosotros. Así que empezamos. Saúl, por haber llegado el último, te toca. ¿Qué quieres contar en tu relato?

Saúl enrojeció. David seguía jugando con el bolígrafo.

—A ver... Quería hablar de mí mismo. Tuve una experiencia traumática hace un tiempo. Fue una relación con un tío muy tóxico y me gustaría vengarme... No sé si «vengarme» es una palabra muy gorda. Me gustaría dejarlo ir mediante un relato. Y, aunque parezca que lo digo con amargura, me gustaría que ese relato tenga un final feliz... para alguien.

Marilia asintió.

—Es habitual empezar a escribir con una base en la experiencia propia. Te puede resultar sanador, liberador. Gracias por compartirlo, Saúl. ¿Y tú, David? ¿De qué quieres hablar?

David detuvo el bolígrafo, sin dejar de mirar al frente.

—Pues... sobre una amistad perdida. —Enrojeció.

—De acuerdo. Es otro ejemplo de escribir sobre la experiencia. ¿Quieres contarnos algo más?

El periodista suspiró.

—Creo que no. Es algo muy... íntimo, de momento.

Marilia calló durante un par de segundos.

—Como quieras, no pasa nada —dijo, comprensiva.

La profesora siguió preguntando a compañeros por las ideas que tenían en mente. Cuando terminó la ronda, se levantó.

—Hoy os he traído unas fotocopias sobre estructura del relato. Principio, desarrollo y final. No es una estructura que debáis seguir al dedillo, pero os puede servir como mapa para construir la base de vuestra historia. Las tengo en recepción. Voy a por ellas y regreso enseguida para que las comentemos.

En cuanto Marilia salió, Saúl acarició la espalda de David y le besó un hombro.

—¿Cómo estás? ¿Qué visteis en la última clase? Perdona que no te haya escrito, pero entre el instituto y Abel, que no hace más que sacarme planes para cuando termina de trabajar...

David apretó el bolígrafo.

—La semana, cansada, con mucho trabajo. Y en la última clase hablamos sobre los diálogos.

—Menudos saltos de tema damos. Qué anárquica es Marilia.

—Por cierto, ¿vamos este fin de semana a ver alguna obra de teatro? Lo tenemos pendiente.

—¡Uy! He quedado con Abel. Pero no habíamos fijado fecha, ¿verdad?

—No, aún no. Te estaba esperando.

—¡Perdona! Pues este fin de semana no puedo porque Abel me propuso...

En ese momento, Marilia entró con las fotocopias.

—Repartidlas entre vosotros, hay una para cada uno. —Tendió las hojas a David—. Como veréis, lo básico es planteamiento, nudo y... Vaya, David, qué careto. ¿Todo bien?

David se ruborizó cuando sintió las miradas de Marilia y del resto de la clase sobre él. Miraba las palabras del folio, pero no las leía.

—Nada, es que... No sé si seré capaz de escribir un relato.

—¿Qué? —Marilia se sentó con su postura habitual.

—¿Qué dices? —susurró Saúl—. Claro que puedes.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Es que... Es mucha más envergadura y empeño que escribir un texto para una clase.

La profesora gesticuló comprensiva antes de hablar:

—Para empezar, un relato puede ocupar el mismo número de líneas que uno de

los textos que ya habéis escrito. Y para terminar, estoy yo y están los compañeros para ayudarte. Tal vez, lo que te pasa es que tienes síndrome del impostor. Tablas hay sobra; las has demostrado en la clase. Y nos dijiste que te dedicabas al *marketing*, así que, si has llegado hasta aquí, es porque eres capaz de escribir algo.

—Ánimo, David —susurró otra vez Saúl mientras le acariciaba el brazo.

Marilia miró a la pareja conforme se levantaba de la silla.

—Eso es. Ánimo, David; lo vas a hacer bien seguro. Por cierto, recordando los diálogos. Además de la idea y la estructura para el relato, quiero que para la semana que viene trabajemos un diálogo muy especial: el diálogo con uno mismo. Me refiero al monólogo interior. Es el flujo desordenado del pensamiento en el que podemos jugar con la sintaxis, la gramática y los signos de puntuación: es un texto catarata en el que todo me vale. Por eso, para la semana que viene, que uno de los personajes que habéis creado hable consigo mismo sobre lo que le enfada, le atormenta, le excita...

Capítulo 10:

Puertas abiertas

Había pasado una semana desde la última clase de escritura y David estaba teletrabajando cuando sonó su teléfono. Puso los ojos en blanco antes de responder:

—Buenos días, Abel. ¿Qué pasa?

—¡Estás perdido! No sé nada de ti.

—Podría decirte lo mismo.

—Llevas razón.

—¿Has llamado para eso?

—Y para decirte que esta tarde voy a verte al curso de escritura.

—¿¡Qué!?! —Se contuvo para no golpear el teclado.

—Jo, esperaba que te alegraras.

—¡No! O sea... ¡Sí! Es que... Ha sido la sorpresa. Pero ¿a qué vas?

—Saúl me ha dicho que hay una jornada de puertas abiertas en los cursos, que lo ha visto anunciado en el Instagram del centro cultural. ¿Tú lo sabías?

En ese momento, un mensaje de Mamen irrumpió en la pantalla del portátil: «¡Hola, David! Nos piden que ayudemos de prisa en...».

«Anda ya. Lo que me faltaba». David se levantó y caminó rápido por el poco espacio libre del estudio.

—Nos comentaron algo el primer día, que la harían para buscar nuevos alum... ¿Estás pensando en apuntarte a clases de escritura? —Alzó la voz—: ¿¡Con nosotros!?

—¡Sí!

David abrió la puerta de la terraza y tomó aire.

—Abel, si te da pereza hasta escribir wasaps, que me sacan de quicio tus audios de cinco minutos.

—Bueno, quiero probar a ser mocatriz, como Luc y como tú. Ya os lo dije en la cena, que me encanta estar rodeado de artistas.

—¿Y por qué no te apuntas a sus clases de dibujo? Había terminado con un grupo y supongo que pronto... —Mientras volvía a caminar por el estudio, se dio cuenta de que Nacho y Luc habían regresado de Canarias y que aún no había hablado con ellos.

—Porque me apetece pasar más tiempo contigo.

—Muy mono, Abel. —David se tiró en la cama.

—Y Saúl me ha contado maravillas de las clases.

—Vaya.

—A ver, podría buscar otros cursos de escritura. Pero, aprovechando esta jornada de puertas abiertas y que en la escuela estáis vosotros..., sería bonito, ¿no?

—¡Claro! ¿Por qué no? —David separó el teléfono de la oreja y suplicó con los brazos hacia el techo.

—¡Cuelgo, que tengo clase de *body pump*! ¡Te veo esta tarde!

En ese momento, desde el ordenador del trabajo, sonó la notificación de un nuevo correo electrónico: era una convocatoria de videollamada urgente para dentro de diez minutos.

David pasó los primeros cinco minutos entre la convocatoria y la videollamada intentando concentrarse en el diseño de la presentación para la que Mamen le

acababa de pedir ayuda.

Cuando estaba pensando en retorcer el teclado, sonó el teléfono de nuevo. Era Nacho.

—¡Hola! —saludó este.

—¿No estás trabajando?

—Yo también me alegro de hablar contigo después de ¿días?, ¿semanas? Estoy en un descanso.

—Pues los demás sí estamos trabajando. —David se levantó.

—Uy, sí, seguro que te ha molestado mucho que te llamase para interrumpir tu maravilloso trabajo del que siempre te quejas. *Anyway*, a lo que iba, ¡mañana cenamos en mi casa!

—¿Otra vez?

—Sí, que os trajimos cositas del viaje.

—¿«Os»? ¿A quiénes?

—A ti y a Abel. Y a Saúl, que lo hemos invitado.

«Vaya».

—¿Cena de parejitas? No sé si sobro.

La carcajada de Nacho lo atronó.

—Pues sí; está mal que lo diga, pero sobras. Abel me dijo que sentía cosas especiales con Saúl, que no había sentido con nadie más. ¡Abel! ¡Abel con mariposas en el estómago después de lo mal que lo pasó con Mateo! ¿Te lo puedes creer?

—Increíble, sí. —David se restregó la mano libre por la cara.

—¿Qué va a ser lo próximo? ¿Tú con mariposas en el estómago?

Permaneció en silencio.

—David —la voz de Nacho se había vuelto más seria—, ¿va todo bien?

—¡Sí, claro! —contestó, muy efusivo.

Nacho suspiró.

—Vale. —Se calló durante un par de segundos—. Te quiero, David. Te queremos. Con lo que sea, ya sabes dónde estamos.

—Síiiiiiiii, lo sé. Nos vemos mañana.

Colgó y, sin tiempo para procesarlo todo, llegó la notificación de que se había conectado Mamen a la videollamada. Entró. Ella le sonrió mientras el resto de compañeros del departamento accedían y se entremezclaban los «hola» con los «buenos días». El último en entrar fue el director del departamento, que saludó con una sonrisa.

—Buenos días a todos. Perdonad la urgencia de esta llamada. No os quiero asustar.

«Nos vamos a asustar», pensó David.

—Vienen semanas complicadas por la situación mundial...

«No. No me lo creo».

—... y toca cuidar mucho los detalles...

«Lo va a decir».

—... y esforzarse más.

«Bingo».

—Somos unos cracs y lo sacaremos todo adelante. Solo os pido un poco más del trabajo que ya estabais desarrollando...

«Mira, no. Hoy no va a poder ser», se repetía una y otra vez mientras no procesaba el resto de la videoconferencia.

Cuando la llamada terminó, David escribió a Mamen:

David:

Me voy a coger libre el resto del día. Ya he hecho esta semana suficientes horas extra con las que compensar la jornada, y no sé si la de mañana. Que descanses

Sin esperar respuesta (aunque al cerrar el chat corporativo le pareció que recibía un «creo que yo voy a hacer lo mismo») y después de apagar el portátil, David se tumbó en la cama para escuchar su cuerpo. Pensó en llamar o escribir a Nacho, pero se contuvo: no quería preocuparlo. Tampoco estaba seguro de qué contarle.

Su cuerpo le decía que no fuera al taller de escritura; se lo decía de tal manera que lo paralizaba sobre el colchón. Al mismo tiempo, su cabeza le recordaba la ilusión que le hacía ir a clases, los libros de El Barco de Vapor y las tardes con la abuela.

Y eso le recordó que no había escrito el ejercicio que pidió Marilia.

Un monólogo interior, un texto catarata, usar uno de los personajes del ejercicio anterior...

¿O decírselo a sí mismo?

¿Y si...?

David se levantó de un salto. Sacó libretas y bolígrafos de la mochila. Dejó el portátil del trabajo encima de la cama mientras anotaba en su mente comprarse un nuevo escritorio o cambiarse de piso.

Se sentó y suspiró.

—Vamos allá.

Cuando horas más tarde David entró en el aula, Saúl se encontraba sentado sobre la mesa. Frente a él, Abel le rozaba las rodillas mientras le sostenía la mirada. Saúl le acarició la mejilla y le sonrió.

David tiró la mochila junto a Saúl, que se asustó.

—Hola —saludó.

—Ey —le correspondieron Saúl y Abel, cortados.

Puso los brazos en jarras y recorrió con la mirada toda la sala, evitando a los dos, aunque notó por el rabillo del ojo que lo miraban callados.

—¿Qué tal? ¿Todo bien? —preguntó Saúl con una sonrisa.

—Todo bien, sí. —David notó la lengua seca.

—¿Te han comentado Nacho y Luc lo de la cena? —Abel cogió de los hombros a David, que se echó para atrás despacio.

—Algo me dijo Nacho.

—¿Nos veremos allí?

—Claro. ¿Lo dudabas?

Abel sonrió.

—No, no. De mi hermano no espero menos.

David apretó los labios. En ese momento entró Marilia.

—Buenas tardes, chiques. Hoy soy yo la que ha llegado justo a la hora, perdonad. Y me han dicho que tenemos visitas. —Señaló hacia la zona donde se encontraban los tres—. Por ejemplo, a ti no te conozco. ¿Tú eres...?

—Abel. —Sonrió el que se dio por aludido.

—Encantada, Abel. Yo soy Marilia. Ten cuidado con quien te rodeas —apuntó a David y Saúl—, que tienen mucho peligro. Y talento, también.

—Lo sé, lo sé. Los conozco. Son mis... amigos.

—Amigos y algo más, ¿no? —preguntó Saúl.

David se dirigió a su asiento habitual.

—Pues... no sé —respondió Abel.

—¿Cómo que...?

—Bueno, bueno —interrumpió Marilia—. También te puedo dar clases particulares, ellos ya lo saben. Que no quiero romper nada aquí.

—Ojalá —susurró David mientras se sentaba.

—¿Has dicho algo, David?

—Nada, nada —contestó de prisa mientras preparaba la libreta y un bolígrafo, y los demás compañeros también se sentaban, apretados, junto a sus sonrojados visitantes. Saúl se sentó frente a David con Abel al lado.

—Pues ya que estamos, *as usual* —Marilia pegó la silla a la mesa y también se sentó—, vas a empezar tú con los monólogos, David.

—Un momento, por favor, que necesito agua. —Sacó una botella de la mochila y, mientras los compañeros susurraban a sus invitados en qué consistía el ejercicio, bebió hasta dejarla vacía. Suspiró—. He escrito muy poco. El pasaje de una persona con un dolor interno muy grande. Vamos allá.

Fijó la vista en el papel y comenzó:

—Te abrazaría. Te acompañaría en el sofá, en la cama. Te ayudaría a empezar una nueva vida y a olvidar los malos momentos del pasado. Y no te soltaría nunca. Estaría abrazándote toda la vida, o hasta que notase que te calmas.

Suspiró. Nadie hablaba.

—Puedes parar de leer si lo prefieres —intervino Marilia, y estrechó el brazo de David.

—No. Ya está, era solo eso.

Se pasó el bolígrafo por los dedos. Se había sentido liberado nada más terminar, pero pronto percibió que una tristeza le inundaba la garganta. No se atrevía a mirar a Abel y Saúl a pesar de que notaba que lo estaban observando.

Marilia lo miró con ternura.

—Qué bonito, David. No es exactamente lo que pedía, pero... da igual. —Mantuvo la mirada llena de cariño—. Eso de quererse, cuidarse, ser consciente de que hay mejores o peores momentos... y que el personaje se lo diga a sí mismo.

David sonrió con tristeza.

—Sí, se lo dice el personaje... a sí mismo.

Otros compañeros hicieron sus lecturas y Marilia hizo sus valoraciones sin dejar

de mirar de reojo a David. Al comenzar el descanso, Abel se acercó a su amigo, que seguía sentado con la mirada fija en la libreta y jugando con el bolígrafo. Se agachó a su lado.

—Me voy. Creo que esto no es para mí —le susurró, triste, al oído—. Menudo nivel tenéis todos. No me quedo a escuchar el de Saúl, que ya me lo leyó en casa.

—Vaya.

—¿Vas a salir al pasillo o a la calle?

—No. Me apetece quedarme aquí.

Abel apretó los labios y agachó la cabeza. Lo abrazó y lo besó en la mejilla con una fuerza tal que David no recordaba y que lo abrasó.

—Cuando necesites hablar de lo que sea, cuenta conmigo, ¿vale? Ya lo sabes. —Lo volvió a besar—. Te veo mañana en casa de estos. Te quiero.

David suspiró.

—Vale. Yo también.

Abel salió con Saúl, que lo esperaba apoyado en el quicio.

Cinco minutos después, Saúl entró, se sentó al lado de David y le echó el brazo por el hombro.

—¿Qué tal? —le preguntó.

—Ahí vamos —respondió David sin levantar la cabeza.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Malo.

Saúl bosquejó una sonrisa y también perdió la mirada sobre la mesa.

—Si te puedo ayudar en algo... —susurró.

David bufó.

—Te diría que fuéramos al teatro —intentó que no le temblara la voz—, pero estás muy ocupado, ¿no?

Saúl alzó la cabeza.

—¿Cómo?

David encogió los hombros y lo miró:

—No sé. De repente desapareciste. Hablábamos de libros, de películas... Ya se ve... que no quieres contar conmigo.

Saúl tardó en contestar.

—David... —volvió a susurrar—, ¿cómo puedes decirme eso? Yo... ¿Lo dices por Abel?

—No. También podríamos hacer cosas con Abel.

—Vale, pero... ahora me apetece otro tipo de planes.

—Y yo no pinto nada en ellos.

—¿Qué? —Saúl notó que había subido el tono de voz. Miró a sus espaldas y a la puerta del aula y continuó susurrando—. Si no te he comentado nada, es porque en las últimas clases, o en las últimas semanas, te he notado huidizo. ¿Hay algo que me quieras decir?

La puerta se abrió por completo y entraron el resto de compañeros con sus invitados.

—Tenemos que hablar —continuó—. Ya te escribiré. Me gustaría regresar a esa terraza.

Lo besó en el pelo.
David continuó con la mirada perdida.

Capítulo 11:
Hacer ver que no hay dolor, que todo sigue igual

—Señor puntualidad, me tenías preocupado. —En cuanto cruzó la puerta, Nacho besó a David y lo abrazó—. Te he mandado un wasap y te iba a llamar. Solo faltas tú. ¿Estás bien?

David simuló una sonrisa.

—Todo bien, sí.

Nacho le agarró las manos y movió la cabeza dudoso. Detrás de él, con la puerta del comedor cerrada, se escuchaba música y un murmullo.

—¿Seguro? —preguntó Nacho.

David suspiró.

—Si te quieres marchar —continuó—, no pasa nada. Ya cenaremos otro día... contigo.

—¡No, no! —David hizo un gesto de frenarlo con las manos—. Tengo hambre. ¡Me lo voy a comer todo!

—¿Qué quieres beber? ¿Te preparo algo? —Nacho se disponía a deslizar la puerta corredera.

—Agua, por favor.

—¿¡Agua!? ¿Te has pasado al equipo de Saúl o qué?

—No. —«Eso me faltaba»—. Es que... hoy prefiero no beber alcohol.

Acarició la mejilla de Nacho con torpeza y volvió a suspirar. Nacho lo besó de nuevo.

—Te quiero. Si necesitas que hablemos de algo, nos vamos un momento a la terraza, o al dormitorio, y...

—Sí, sí, lo sé. Gracias. Voy a pasar al baño antes, que me meo.

—Vale. —Se acercó a David y le susurró—. ¿Qué tal la clase de ayer? Abel me ha contado...

—Un cuadro.

Mientras se lavaba las manos, David se examinó en el espejo del lavabo. Le pareció que las ojeras se habían hundido y que la frente brillaba como si un foco se hubiera encendido en el entrecejo. Cerró el grifo y se aproximó al reflejo más y más, hasta que unos golpes en la puerta hicieron que se asustara y estampara la nariz contra el cristal.

—¿Todo bien? —preguntó Luc al otro lado.

—Todo bien, amor. Es que venía más cargado de lo que pensaba y os estoy dejando un olor rico aquí dentro.

—¡No necesito detalles!

Un par de minutos después, tras intentar que las risas y la música no aturullaran su cerebro, David entró en el salón seguido de Nacho, que salía de la cocina.

—¡¡¡Hombre!!! —celebraron, eufóricos, Abel y Saúl, de pie junto al sofá y con bebidas. A su lado, Luc fumaba un cigarrillo y saludaba con la mano.

—Hola, chicos.

David besó a todos, sin rozar las mejillas. Luc le dio un abrazo de oso.

—Aunque seas un guarro, te quiero mucho —le susurró al oído marcando las erres. El periodista esbozó la misma sonrisa con la que entró en la casa.

Abel le acarició el hombro.

—Les he contado lo de ese monólogo tuyo de ayer. Parecía que le flipaba a la

profesora.

David le sonrió y desvió la mirada. Abel y Saúl se miraron y agacharon la cabeza.

—¡A la mesa! —dijo Nacho—. David, te toca presidir.

—Ah, muy bien. Qué solo me dejáis.

—Míralo por el lado bueno —intervino Saúl—. Nacho ha colocado a tu lado el *brownie* que he traído.

—Cuánto honor —susurró mientras se sentaba con rapidez. Los demás callaron; Nacho y Luc, a su izquierda y derecha, y Abel y Saúl, al fondo, se sirvieron de las bandejas que habían preparado los anfitriones.

La conversación continuó; Saúl y Abel hablaban de sus alumnos. David jugueteaba con el tenedor mientras escuchaba con la cabeza baja; al alzarla, se miraban con ternura.

Sintió por el rabillo del ojo que Nacho lo observaba. Lo miró. Ambos sonrieron. Notó una mano sobre la rodilla, que acarició con disimulo mientras volvía a jugar con el tenedor.

También por el rabillo del ojo, vio que Luc no comía; garabateaba con un carboncillo sobre papel prensado y, tras varios segundos, sonrió satisfecho. Le tendió el papel a Saúl, que abrió la boca.

—Capullo... —dijo a Luc.

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó Nacho con la ilusión de un niño.

Saúl lo mostró: era un retrato de él y Abel, desde la perspectiva de Luc, en el que ambos cenaban y se miraban a los ojos.

—¡Luc! —Nacho se rio—. Tú no eres tan pasteloso.

—Es que son tan monos...

Abel había enrojecido y sonreía a Saúl, que le devolvía el papel a Luc. Este negó con la mano.

—Para vosotros. Un regalo. A este paso, os casáis antes. —Miró a Nacho, que cambió su sonrisa por un rostro de falso escándalo.

—¿Me estás metiendo prisa?

—¿Cómo que «metiendo prisa»? —preguntó Abel—. Pero si vosotros no os vais a casar, lo habéis dicho millones de veces. ¿O es que...?

—Ni confirmo ni desmiento. ¿Qué os parece la comida? ¡Luc, ahora tienes las manos sucias del carbonci...!

Con las carcajadas de Abel, Saúl y Luc, nadie se dio cuenta de que Nacho no había terminado de hablar; David tenía la misma tristeza que un mastín napolitano. Con la cabeza, señaló a Nacho la entrada de la casa. Se levantó haciendo el menor ruido posible.

Abel, Saúl y Luc lo percibieron y callaron. Nacho siguió mirándolo.

—Chicos, me marchó —musitó David—. Estoy cansado.

—Vale —susurraron.

—Pasadlo bien.

David miraba al suelo mientras caminaba hacia la puerta. Cerró con delicadeza y bajó por las escaleras para que el ejercicio lo despejara.

En la calle sacó todo el aire de sus pulmones y aligeró hacia el metro.

Capítulo 12:

No nos vas a perder

David:

Hola, Marilia. Te quería decir que dejo las clases de escritura. Ahora escribo por el grupo para despedirme de lxs compañerxs. Muchas gracias por estas semanas; eres una buena profesora y he aprendido mucho. Te deseo lo mejor. Un abrazo

Al día siguiente, tumbado en la cama, una vez comprobó que el mensaje había salido de su teléfono móvil (un tic gris, y pronto los dos tics grises, por lo que el mensaje había llegado al teléfono de Marilia), David suspiró.

Mandó el otro mensaje:

David:

Hola, chicxs. Dejo las clases de escritura. Muchas gracias por estos meses. Os deseo lo mejor

Cuando apareció el tic gris, salió del grupo y eliminó el historial.

—Ya está.

Soltó el móvil a su lado como si pesara un quintal. Sintió que ya nada le aplastaba el pecho contra la cama e incluso que flotaba: un zumbido lo elevaba.

Pero el zumbido estaba durando demasiado tiempo y su colchón era tradicional.

El zumbido provenía del móvil, que no dejaba de vibrar.

David lo agarró y miró la pantalla.

Era Saúl.

Por un segundo pensó en rechazar la llamada, pero no se atrevió. «Lo voy a rayar más». Soltó el móvil en la colcha y dejó que vibrara mientras sentía que el peso volvía a caer sobre su pecho. Cuando el teléfono paró, borró el contacto de Saúl y, después de dudar si borrar la conversación de WhatsApp o no, la archivó.

A punto de soltar el móvil, le llegó un wasap de Marilia, lleno de emojis con caras de sorpresa y llanto. Al instante, un mensaje de Nacho:

Nacho:

Te voy a llamar en nada. Ni se te ocurra colgarme

—Me lo ha dicho Saúl. ¿Se puede saber qué mierda has hecho? —saludó el enfermero medio minuto después.

—Lo que llevaba tiempo queriendo hacer.

—Joder, David, joder. Tenemos que hablar claro de una vez. ¿Estás en tu casa? Voy para allá.

—Estás e-na-mo-ra-do. —Nacho se apoyó furioso en la encimera.

—No. —David, frente a él, lo miraba con la misma furia y con los brazos cruzados.

—¡Y que no, dice! Ayer saliste corriendo de casa... El silencio cuando te conté que Abel estaba ilusionado con Saúl... ¿Qué más necesitas?

David apretó los labios y ensanchó las aletas de la nariz.

—Reconócelo —continuó con la voz más suave—. Te has pillado hasta las trancas. David se tiró en el sofá y se enroscó.

—Mierda de sofá, mierda de casa, mierda de trabajo, mierda de Madrid.

—Tumbate en la cama, anda. —Nacho se apartó de la encimera—. Yo te sigo; en esta casa es fácil.

David gateó hasta allí y dio golpes contra la almohada.

—Yo no soy así. Nunca he querido ser así —susurró.

—Porque te daba miedo sentir algo más con los tíos. ¡Deja de arañar la colcha, la vas a rajar! —Nacho se sentó en el suelo, a su lado—. No pasa nada por sentir ese cariño, ese afecto. Saúl es un amor, nunca mejor dicho, de persona. Es atractivo, simpático, atento... Como para no pillarse, aunque no tenga nada de vello. Yo reconozco que me he hecho alguna paja pensando en él. Y a Luc le he dicho que...

—No sé si es lo que quiero escuchar ahora mismo.

—Es verdad. Perdona. —Lo acarició en el brazo.

—Aunque me di cuenta cuando vi que lo seguíais en Instagram y le disteis me gusta a por lo menos sus últimas veinte fotos, maricones.

Los dos se rieron. David suspiró y continuó:

—Yo también me he pajeado algunas veces pensando en la noche del Zarpa, en cómo bailábamos en la discoteca. Además..., es que no es solo el físico. Tiene esas inquietudes culturales que no he visto en otros tíos y que necesitaba. Quiere escribir, le gustan el cine y el teatro. Pero, bueno, en cualquier caso... No se me va de la cabeza que podía haber tenido su culo encima de mi cara.

Nacho contuvo la risa.

—¡Imbécil! —gritó David antes de volver a suspirar—. No me reconozco.

—Normal. Porque estabas supercómodo con tu identidad de follarín majete pero sin compromiso. Mucho juego, mucha diversión, mucho dejar las cosas claras si la situación parecía ir a más... Un recuerdo aquí a Jorge, por cierto.

—¡Nacho!

—Pero, vaya, se tuvo que cruzar por tu camino un tío que rompía tus estructuras. Tu identidad.

—Se cruzó y ya no se va a cruzar más. —David suspiró—. Por eso me he ido de las clases de escritura, porque no quiero volver a verlo en la vida. Hasta he borrado su contacto del móvil.

Se cruzó de brazos y miró al techo a la espera de la réplica de Nacho. Pero la réplica no llegaba; solo llegó la visión de una mancha de humedad en el techo. Tenía que llamar al casero.

Nacho lo contemplaba con cara de sospecha.

—Muy maduro, sí... David, desbloquea tu móvil y dámelo.

—¿Para qué? —Lo miró.

—Dámelo, por favor. No es nada malo. Te lo devuelvo enseguida.

—¿Para qué?

Nacho sonrió.

—Porque me apuesto lo que quieras a que no has borrado la conversación de WhatsApp con Saúl. La habrás archivado, como mucho. Porque estoy seguro de que, igual que lees los mensajes guarros que te mandas con tus rollos, no pierdes la esperanza de que un día todo vuelva a ser tan normal como era antes, o todo lo normal que sea posible después de esto, para recuperar esas recomendaciones de

libros de las que me hablabas cuando lo conociste, esos planes de ir al teatro, ese... ¿Ves? —Lo señaló—. Te estás poniendo colorado.

—Capullo.

—Yo también te quiero. Has huido, pero, en el fondo, en algún lugar de tu cerebro, de tu corazón, de tu alma, has dejado una puerta abierta. Porque quieres que siga formando parte de tu vida. Y, por favor, ahora no te cortes y libérate; si tu polla ha estado dentro de mi culo, no va a pasar nada por que te vea llorar.

Unos segundos después, las mejillas mojadas de David ardían.

—¿Por qué? ¿Por qué? —hipaba mientras daba puñetazos en la colcha—. ¿Por qué no dejé las clases cuando empecé a notar... cosas? ¿Por qué me empeñé en seguir yendo?

Nacho le acarició la cara.

—Menudo dramas. Te empeñaste en seguir yendo porque eres un pedazo de escritor, que nos lo has demostrado muchas veces con tus proyectos del trabajo y con tus..., bueno, con ciertos wasaps; porque querías escribir ficción y porque, al igual que deseas que todo vuelva a ser como antes, quieres seguir aprendiendo. No te rayes por esos sentimientos. Son preciosos. Enhorabuena, no es fácil sentirlos. —Le sacó la lengua y le sonrió—. Puede que estés más enamorado que otra cosa, pero en cualquier caso es bonito.

David lo miró con dulzura y le besó la mano.

—Me hubiese gustado darme cuenta antes y ser capaz de decirlo.

—Esto es como salir del armario, ya tú sabes; cada persona tiene sus tiempos y lo dice cuando puede. O cuando quiere.

Mientras seguían cayendo las lágrimas, David tocaba la colcha con unos dedos y la mano de Nacho con otros.

—Pensándolo ahora, creo que me estaba negando a mí mismo. También que no podía decírtelo porque... temía perderos.

Nacho lo miró tierno.

—Eso no va a pasar nunca, y menos por esto. Te queremos. —Se incorporó y lo besó con fuerza, varias veces, en la mejilla. Después, le dio un pico. Cuando se separó, le peinó los rizos—. No has hecho nada malo, David.

«No has hecho nada malo». El llanto se le cortó a David. Exacto, no había hecho nada malo. Nadie lo había hecho.

Soltó el aire que tenía dentro.

—Pues ya está dicho.

—Bueno, no del todo. —Nacho se sentó de nuevo en el suelo—. Tienes que decírselo a ellos.

David sintió que el techo le caía encima.

—No.

—Te aprecian y te ayudarán.

—No quiero rayar a Abel.

—Ya lo has rayado, créeme. Y hasta aquí puedo decir, que soy su confesor.

David bufó.

—Tienes que hablar con él, de verdad —continuó—. Es como tu hermano mayor y lo va a comprender. Ha sufrido por amor en el pasado, ahí tienes el recuerdo de

Mateo; sabe de qué va esto. Y... también deberías hablar con Saúl. ¡No gruñas! —Lo miró en silencio—. Se lo vas a tener que decir. A la cara. Pero sin agobios, cuando sea tu momento.

—No sé si alguna vez será mi momento. A ver si entre medias cae una bomba nuclear. —Agarró la almohada y se tapó la cara con ella.

—¡Exagerado! Pero, bueno, si te sirve de algo, ya sabes cómo es Abel con los tíos. Que se pilló mucho con Mateo y lo pasó fatal, pero... ¿abrazar la monogamia? Eso habría que verlo. De hecho, me parece que está algo confundido, como si estuviera pensando en otra persona al mismo tiempo. Pero a lo que iba. Date, y dales, tiempo. Probablemente, se canse pronto y deje tirado a Saúl. Vamos, que no sigan adelante.

Capítulo 13:

Es cuestión de tiempo

—Pues esto sigue adelante —dijo Nacho, abriendo la nevera de casa de David, una semana después, mientras caía una de las últimas tardes de primavera.

—Mierda —respondió su anfitrión mientras se deslizaba por la pared, aunque ya sabía que seguía adelante; los había visto juntos en una foto del perfil de Instagram de Saúl; ambos hacían muecas ante la cámara en medio de un bosque. Pensó que debería silenciar las publicaciones e historias de los dos. No había hablado con ellos ni los había visto desde el encuentro en casa de Nacho.

—Ayer vinieron a cenar. De hecho... ¡Maricón! ¿Por qué no me contestaste al wasap que te mandé? ¡Hice comida para todos!

—Como te puedes imaginar, no iba a montar otro espectáculo en tu casa, así que no contesté porque no quería que me insistieras. Perdóname, te lo iba a escribir al levantarme, ya que me estoy convirtiendo en un dechado de sinceridad...

—«Dechado». Qué fino el escritor.

—... pero se me pasó.

—No te preocupes. —Nacho abrió una lata de cocaola y cerró la nevera—. Me lo imaginé y sí, imbécil, hubiese llamado para insistirte, pero Luc agenció un trío antes de que vinieran los chicos mientras la carne se hacía en el horno. Era activo, nos dejó secos y, cuando nos dimos cuenta, ya estábamos cenando con él en tu silla. Pero a lo que iba. Saúl fue al baño y Abel me acompañó a la cocina para recoger. Me contó algo de que se iba el fin de semana a la sierra, a hacer unas rutas con un compañero de curro o yo qué sé. Saúl se quedaba para corregir exámenes, que no sé lo que tendrá que corregir un profesor de Educación Física, pero bueno. Antes de llegar a casa se habían ido juntos a Ikea a por una mesita de noche que le hacía falta a tu hermano. ¿Sabes cuál te digo? Una que...

—Gracias por la información, Nacho.

—Te tengo que decir una cosa que le dije ayer a los amantes de Teruel, pero a ver si antes terminamos con este asunto. —Bebió un trago de cocaola—. Se gustan y se están conociendo. Y tú estás encoñado por Saúl. Yo no les voy a decir nada, tiene que salir de ti. Ahora bien, tontos no son y saben que algo pasa, así que a ver quién se anima a dar el próximo paso. Yo sugiero que seas tú. O eso o cambia de aires, pero me parece muy extremo.

—¿De aires? Eso es lo que me gustaría, irme de Madrid, pero ¿a dónde voy? ¿Al pueblo?

—Somos *millennials*. ¿No nos dijeron una vez que teníamos «espíritu aventurero»? Pues vete a Barcelona, a Valencia, a Sevilla; qué sé yo.

—¿De verdad quieres que me vaya?

Nacho suspiró.

—Es broma, idiota. Anda, levántate y vamos a la terraza a que te dé el aire.

David se apoyó ante la barandilla. Nacho le rodeó la cintura con un brazo y apoyó la barbilla en el hombro.

—Mi niño. —Lo besó en la mejilla antes de volver a beber—. Te quiero.

—Y yo a ti también. Y a Luc.

—Y a Abel y a Saúl.

David puso los ojos en blanco.

—A Abel y a Saúl, también.

Nacho soltó una carcajada.

—Te has pillado bien pillado.

David se giró.

—Me abrasa todo el cuerpo.

—¿Quieres beber? Está muy fría.

—Pues era lo que me faltaba. Si ya me cuesta dormir...

Nacho sonrió y lo besó en la mejilla.

—No voy a insistir, pero...

—Lo sé, lo sé.

Nacho hundió la cabeza en el pecho de David, que le acarició la barba. Al cabo de unos segundos, el enfermero se incorporó.

—Vamos a hablar de cosas más alegres. ¿No te he dicho que tenía algo que contarte?

«Estoy yo ahora como para acordarme», pensó David.

—Ya que no viniste a la cena —continuó—, no quiero que se adelanten los demás. Quiero que te enteres por mí.

David arrugó la frente.

—Nada... que... ayer les dije a los chicos que... Luc y yo nos hemos comprometido. —Levantó la mano derecha, en cuyo dedo anular relucía un anillo dorado.

A David le temblaba la boca.

—Nacho... Felicidades.

Se dieron un pico.

—Te puedes imaginar que es por los papeles de Luc, pero eso no quita que lo vayamos a celebrar. Este año hacemos el trámite en la notaría y el que viene, para prepararlo con tiempo, el fiestorro. Y... eso. —Le acarició una mano—. Que me gustaría que formaras parte de todo: de la despedida de soltero, de la ceremonia... Eres importante para nosotros, David.

A los dos les temblaba la boca.

—Allí estaré. Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Podrías dar un discurso. O ser el maestro de ceremonias.

—No te flipes. Los protagonistas son los novios. Paso.

—Tengo un año para convencerte. —Nacho elevó pícaro las cejas.

—Díselo a Abel, ahora que se quería meter a escritor.

Con la risa de ambos, una paloma posada en el balcón del piso de al lado huyó.

—Me marchó. —Nacho lo abrazó con fuerza—. Te quiero, te quiero, te quiero —le dijo, intercalando besos en la mejilla.

David se apoyó en el quicio de la puerta mientras el ascensor subía. Nacho se giró al abrir.

—Se me ocurre... ¿Y si os montáis un trío?

—¿En serio, Nacho? —David juntó los dedos y golpeó el aire con el dorso de la mano.

—Quizá eso solucionaría todos los problemas. Y así me entero de cómo folla Abel. Bueno, le podría preguntar a Saúl.

—Suficiente, Nacho, gracias. Vamos hablando. Que descanses.

David no quería irse a la cama. Regresó a la terraza, se sentó en una silla y se concentró en sonidos lejanos mientras una de las últimas tardes de primavera seguía cayendo. Notaba un hormigueo alrededor de la nuez.

Sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y abrió WhatsApp:

David:
Nacho..., cuándo se va este dolor?

Nacho estaba en línea y respondió enseguida:

Nacho:
Cada persona tiene sus ritmos. Quizá si hablaras con ellos...

David suspiró. Volvió a escribir:

David:
Si hablo con ellos..., se pasará?

Los segundos que tardó en contestar se le hicieron eternos.

Nacho:
Aunque sea enfermero, no sé curar las heridas del amor. Pero te diría que seguro que se pasará. Se transformará en otra cosa y te sentirás más liberado. Es cuestión de tiempo

David comenzó a pensar. Tenía tiempo para ordenar sus pensamientos... si Nacho dejaba de mandar wasaps:

Nacho:
Eso sí, si hablas con ellos, no esperes a que Abel regrese de la sierra. Empieza con Saúl

«Lo que me faltaba —pensó David—. Todo sea por el dolor».
Cuando iba a dejar el móvil sobre la mesa, llegó una nueva notificación:

Marilia:
Hola, David. He querido que pasaran unos días antes de contactar contigo. Espero que estés bien. Por favor, ¿podríamos vernos y hablar?

Capítulo 14:

Infusiones y relatos

—Lo primero de todo, gracias por responder y por venir hasta la Prospe. —A la tarde siguiente, Marilia se giró hacia la barra de la cafetería antes de sentarse en una mesa frente a David. Levantó la mano a la camarera—. Un poleo menta, por favor. ¿Tú qué quieres?

—Otro, por favor. —David se sentó muy despacio, agarrándose a los picos de la mesa—. De nada. Conozco un poco el barrio, unos amigos viven cerca, en Guindalera.

—Es una maravilla de zona, a mí me encanta. ¿Te apetece algo de comer?

—No. —«Tengo el estómago cerrado».

—De acuerdo. Solo eso, gracias. —Marilia suspiró—. David..., ¿qué ha pasado?

—Pues... —Comenzó a jugar con el servilletero—. Nada, que me siento bloqueado. Supongo que es el síndrome del impostor del que nos hablabas en una clase.

—Ya. O eso o que estás enamorado.

David se rio.

—Me lo dicen mucho.

La camarera llegó con los dos poleos. «Gracias», respondieron los escritores a la vez. Marilia tomó su taza y sopló.

—Saúl ha contado en clase algo sobre ti que me tocó la fibra. Ya ves que, aunque tú y tus textos no vengáis, siempre hay algo de ti que me toca la fibra. Mira, «tocar la fibra». Eso es otro cliché.

David dejó de jugar con el servilletero.

—¿Qué te toca la fibra?

Marilia sonrió.

—He captado tu atención. Hemos hablado de ti en clase. En un descanso, le pregunté a Saúl si él sabía algo. Dijo que no, que no le habías cogido el teléfono cuando te despediste. Pero, ¡ah!, en sus ojos, en sus gestos, empecé a notar cosas. Lo miré, me miró, sonreí y siguió hablando. Dijo que no entendía cómo ese chico que un día fue un niño que quería escribir historias iguales a las que leía en los libros de El Barco de Vapor había abandonado un curso de escritura. Donde justo podía aprender a escribirlas.

David llevó de nuevo la mano al servilletero y lo arañó.

—No sabía lo de El Barco de Vapor —continuó Marilia—. Me pareció muy tierno. Cuando terminó, bebió agua; estaba coloradísimo. Ahí me di cuenta de la relación entre vosotros y entendí algunas cosas de otras clases, como tu comportamiento cuando vino vuestro amigo. —Sorbió la taza y suspiró—. Saúl es increíble. Si yo fuera hetero, me enamoraría de él: es atractivo, simpático, atento...

«¿Nacho y Marilia se han confabulado para pensar lo mismo de Saúl y decírmelo o qué?».

—... y lo que más me interesa como profesora: con ganas de aprender y superarse. Como tú. Un lujo como alumno. Entiendo que quieras huir, que no quieras verlo y que te escudes en un falso síndrome del impostor para no volver a escribir... o no volver a clase. Incluso entiendo que, si regresaras ahora, te sentirías incómodo. —Levantó un par de dedos—. Pero yo te propongo dos cosas. Una, si no la has hecho, es que hables con él.

«Gracias, nadie me había dado ese consejo hasta ahora».

—Y dos, que vayas a clase conmigo, pero de otra manera: siendo yo tu profesora. Nunca se termina de aprender a escribir y menos tras dejar a medias un curso inicial de tres meses. Tienes que estar en esa antología de relatos. Seguro que tus compañeres querrán que estés. Solo tenemos que ver un hueco en el que tú y yo nos podamos juntar. Recuerda lo que os dije el primer día del taller, que también daba clases particulares.

David retiró la mano del servilletero.

—El niño que quería escribir historias como las de El Barco de Vapor —continuó Marilia— tiene derecho a intentarlo. Merece la pena intentarlo; por ejemplo, para explorar una salida de ese trabajo estresante del que nos hablaste un día en clase. ¿Cuántas personas habrán dejado un empleo que las amargaba y ahora se dedican a la escritura? —Bebió sin dejar de mirar a los ojos de David—. Y, además, ya has comprobado lo que la escritura tiene de terapéutico; acuérdate del monólogo interior. Y también has comprobado lo que tiene de juego. ¿Por qué no sigues jugando y te conviertes, o lo conviertes, en uno de los personajes de tu relato? ¿Qué tal un cuento de amor? Como tú entiendas lo que es el amor. ¿Algo... con final feliz?

—¿Cómo estás? —preguntó Nacho al otro lado del teléfono.

Aún sentado en la cafetería, David suspiró.

—Temblando.

—Es normal. Tranquilo. ¿Dónde estás? Se oye ruido de gente.

—En una cafetería de la Prospe, a un salto de tu casa. Marilia me citó aquí. Se acaba de marchar.

—¿Y qué tal?

David suspiró con más fuerza.

—Me bloqueo cuando pienso que lo voy a encontrar en la calle. O que, no sé... que aparecerá en esta cafetería de repente. ¿Qué decirle cuando lo vea?

—No lo sé. Ya que no te atreves a hablar con él, puedes ir ensayando con un relato, ¿no?

—Eso me ha insinuado Marilia. No sé si me apetece.

—Mándame ubicación y a ver qué sacamos entre los dos. Luc está dando una clase y ahora mismo Grindr es, como tú dirías, un erial, así que me doy un paseo hasta allí.

Quince minutos después, Nacho bebía una cerveza en el asiento de la cafetería que antes había ocupado Marilia.

—Ella tiene razón. Escribe un relato con lo que estás sintiendo. Y sí, con final feliz.

David recordó que Saúl había hablado de que quería dar un final feliz a su historia y se entristeció.

—O el comienzo de una novela —siguió sugiriendo el enfermero—. Un monólogo. Lo que sea. Pero escríbelo. Escribe lo que le querrías decir. Escribe este sentimiento. Ya veremos si lo usas para un relato o lo tiras a la papelera, pero suéltalo. Sabes que yo preferiría que hablaras con él, o con ellos, pero, bueno, tómate tus tiempos. A

lo que iba. Imagínate que la persona de la que hablas, que tú y yo sabemos quién es, está frente a ti. ¿Qué le dirías?

De repente, la silla de David se había vuelto más frágil.

—Yo soy Saúl —continuó Nacho—. Dímelo a mí.

David se mordió el labio y bufó.

—No puedo, Nacho. No me sale.

—Estás con un amigo. No va a pasar nada.

Suspiró y se lanzó.

—Hola, Saúl. No hago más que pensar en ti.

—Muy bien. —Nacho sonrió y le acarició un brazo.

—Me gustas, Saúl. Me... gustas... muchísimo. —David se sofocaba.

—Llora, David. Suéltalo.

Las lágrimas comenzaron a caer. Soltó aire y retomó:

—Me he pillado. Y nunca me había pasado. Lo tienes todo: eres atractivo, inteligente, divertido... Y has desbaratado mis esquemas. No eres un rollo de una noche. Eres un tío interesante al que quiero conocer más. Quiero pasar más tiempo contigo.

—Eso es. Lo quieres conocer más, de otra forma. Disfruta de esa intensidad.

El periodista se hundió en la silla. Sonrió.

—Ahora —continuó Nacho—, ¿crees que ese diálogo puedes meterlo en un relato? ¿O... decírselo a Saúl?

—Decírselo. Ya no me parece tan difícil.

Capítulo 15:

Qué brutal y qué terrible es la sinceridad

Saúl cruzó la puerta del estudio de David, que este cerró con el corazón desatado.

Se miraron y se abrazaron. Saúl se había vestido con una camisa de manga corta y unas bermudas. «Qué elegante», pensó David, que se alegró de haberse cambiado el chándal de teletrabajo por unos vaqueros y una camiseta.

—He traído *brownie*. —Saúl alzó una bolsa de papel y la dejó junto a la vitrocerámica.

Un pinchazo recorrió el estómago de David.

—¿Vamos a la terraza? —propuso.

—Vamos. Mientras sea primavera, siempre me gustará estar allí.

«Viene de buen rollo», pensó David mientras se destensaba (la camiseta que llevaba le pareció más fresca de lo habitual) y sonreía.

El profesor se sentó en el mismo lugar que la noche de la cena y miró el confín de edificios de ladrillo visto. David lo contemplaba de pie.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó.

—Agua, porfa.

—Solo tengo sin gas. Del grifo. Y fría. En la nevera.

Saúl rio.

—Me vale.

«A mí también. Creo que vamos a necesitar mucha para que no se nos seque la garganta».

David regresó con una botella de cristal y dos vasos. Sirvió y se sentó.

—¿Brindamos? —preguntó Saúl.

—Dicen que hacerlo con agua trae mala suerte.

—¿Más mala suerte que haberte perdido en el curso de escritura?

«*Touché*».

Brindaron.

—Por la escritura —dijo David.

—Y por nosotros.

Bebieron. Posaron los vasos y cada uno perdió la vista en su horizonte.

—Se nota que no estás en el grupo de WhatsApp —arrancó Saúl al cabo de un minuto de silencio insoportable—. Ya nadie comparte recomendaciones de libros ni de... obras de teatro.

—No me estoy perdiendo nada, por lo que veo.

—No te creas. Marilia sigue siendo una genia. Solo por eso merece la pena ir a clase. Y no es lo único que te estás perdiendo.

—¿No? ¿Qué más?

—Me estás perdiendo a mí.

La silla de David temblaba. Le hubiese gustado pensar que se trataba de un terremoto, pero era algo más intenso aún.

Saúl no apartó la mirada del periodista y continuó hablando:

—Sé que no soy como Nacho, como Luc o como... Abel, con los que tienes una amistad muy profunda.

La silla de David siguió temblando.

—Sí, sí lo eres —susurró.

—No, hombre...

—Deja que yo decida eso. —Tragó saliva—. No te menosprecies. Eres muy especial para mí.

Saúl sonrió.

Continuaron callados, mirándose el uno al otro. David se volvió a fijar en la camisa que llevaba Saúl.

—Me encanta ese estampado. Te queda genial.

—Gracias. Ya me estoy poniendo en modo verbena *on*.

—Estás guapísimo.

David notó que las pupilas de Saúl crecían y que se ruborizaba.

—Gracias otra vez.

«Ahora o nunca», pensó David.

—Me gustas, Saúl.

El aludido sonrió irónico.

—Sorpresa. ¿Quién podía imaginarlo?

David se rascó la cabeza.

—Pues ya está dicho —continuó Saúl tras otro minuto de silencio insoportable.

—Ya está dicho. —David se despegó la camiseta del cuello—. No sabía qué era mejor, si contártelo o no. No quería hacerte daño. Nunca me había visto en algo así. Y al final he pensado que lo mejor era expresarlo.

Saúl oteó el ladrillo visto, tan rojo como su rostro. David lo reclamó por telepatía hasta que consiguió que se fijara en él. Cuando se cruzaron las miradas, el profesor apretó los labios antes de hablar:

—Te lo agradezco. Me he rayado un montón, porque no sabía lo que te pasaba y me daba miedo preguntarte.

David iba a coger el vaso de agua, pero se frenó.

—¿Por? ¿Qué temías?

Saúl jugaba con el borde de su vaso.

—Pues... que me dijeras esto.

David sonrió.

—¿Qué hubieses preferido que te dijera?

—No sé... Que estabas cansado por el trabajo, que no estabas a gusto en clase, que tenías algún problema familiar...

—¿Hubieses preferido que te mintiera? Creo que con rayarte sin pretenderlo ya he tenido suficiente.

—No quería decir eso, sino que hubiese preferido que la verdad fuera otra.

David desvió la mirada.

—Lo siento —susurró de forma burlona.

Saúl agarró el vaso.

—No hay nada que sentir, David. No has hecho nada malo. Lo has dicho cuando era tu momento. Y eso que tú bebes alcohol; lo podrías haber soltado con un par de vinos.

Se rieron. David contempló liberado a Saúl, con el recuerdo de los buenos momentos juntos en clase. Comenzó balsámico, pero enseguida se volvió doloroso.

Saúl tendió una mano encima de la mesa.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó.

David suspiró entre la mezcla de alivio y pena. Si había tirado de sinceridad, debía seguir siendo sincero.

—Que todo siga igual que antes, pero... ya nada será igual.

Saúl apartó la mano.

—¡No! ¡No tiene por qué!

—No lo va a ser, Saúl. Y no te lo digo con pena. Va a ser distinto. No sé durante cuánto tiempo; aún estoy tratando de gestionarlo. Me jode haberte rayado.

—No pasa nada. Si no rayaras a nadie, significaría que estarías viviendo en soledad, como un ermitaño, y eso sería peor para ti.

—Y rayar también a Nacho, a Luc... y a Abel. Además, no será igual porque ahora mismo no sé qué siento en concreto hacia ti.

—Pues ojalá se te pase ese sentimiento.

El mundo dejó de girar. La gente paró de caminar por la acera.

David había agachado la cabeza, pero notó que Saúl lo miraba y lo encaró.

—El sentimiento es bonito. Orbita a mi alrededor; no estoy haciendo nada para retenerlo, que se vaya cuando desee, pero parece que no lo desea. Quizá hubiera sido mejor que no sucediera, pero ha sucedido. No te he pedido que lo correspondas. Quería que lo supieras porque creía que merecías saberlo, saber lo que pasaba. Para poner paz.

El rostro de Saúl pasó de una especie de sonrisa a la preocupación.

—Perdona. —La boca le temblaba—. Es que hablar de estos temas de amor y demás... me cuesta. Ya sabes.

—Sí, ya sé. Perdonado.

David suspiró de alivio y pena y se perdió contemplando el ladrillo visto. Al cabo de unos minutos, Saúl volvió a tender la mano sobre la mesa.

—Yo quiero que tú estés bien —dijo con la garganta apretada.

David le acarició la mano.

—Y yo... no te quiero perder.

Continuaron acariciándose las manos, hasta que Saúl se arrancó:

—Quizá me comas cuando diga esto...

«Ya te imaginas lo que te quiero comer».

—... pero, si hay algo positivo de esta situación, es que la podemos convertir en una historia.

—¿Pero cómo te voy a convertir en personaje de un relato? —David anotó mentalmente guardar el ordenador personal y la libreta cada noche en una caja fuerte. Si encontraba un hueco en el estudio para meter también una caja fuerte.

—No he dicho que me conviertas en personaje de un relato, sino que la situación da para una historia. ¿No estarás escribiendo...?

—¡Por favor! ¿Cómo puedes pensar eso? ¿Vamos a probar ese *brownie*?

—Vamos. —Saúl se levantó—. Quizá te sirva para desdramatizar.

—¡Pero si has sido tú el que me ha dicho que ojalá se me pase este sentimiento! — David cerró la puerta de la terraza al salir detrás del profesor.

—¿Me quieres para tu propiedad? ¡No es tu estilo!

—¡Claro que no, joder! Es solo... —David apretó los puños y resopló—. Que me pareces increíble y quiero pasar más tiempo contigo. Y a la vez, cuando observo cómo miras a Abel, cómo le sonríes, hay una mezcla de alegría, porque estás más feliz, y de envidia, porque... —suspiró como si el aire fuera un dique que estuviera conteniendo las siguientes palabras y, hasta que no lo soltara, no pudiera hablar— me gustaría generarte lo mismo.

Saúl abrió la boca y los ojos, y enseguida sonrió con suavidad.

—Y me lo generas. Eres divertido, inteligente, con conversación... Estoy super a gusto contigo. Nunca había conocido a alguien como tú, con ese... carisma.

—Vaya... Gracias por el piropo.

—Es más que un piropo. Es una verdad.

David cortó el *brownie* en dos grandes pedazos, que sirvió en sendos platos.

—¿Quieres cubiertos? —preguntó David—. Lo siento, sigo sin comprar cucharillas de postre.

—No, con la mano está bien.

David le tendió un plato y empezó a devorar el *brownie* apoyado en la pared. Se rio.

—¿De qué te ríes? —preguntó Saúl con la boca llena.

—De tus carrillos inflados con el *brownie*. Pareces un hámster.

Saúl se atragantó.

—Payaso —masculló—. Dame agua, por favor.

David llenó un vaso con agua del grifo mientras Saúl dejaba el plato en la encimera y tosía.

—Mejor —continuó tras beber el vaso entero. Suspiró—. No está entre mis planes asfixiarme en tu casa. Pero tampoco está entre mis planes dejar el *brownie* a la mitad, así que...

Soltó el vaso en el fregadero y recuperó su trozo de bizcocho. Sonrió.

—Cuidado con las sonrisitas y los gestos raros de boca —le advirtió David—, que te atragantas.

Saúl mantuvo el gesto.

—Qué divertido eres —susurró—. ¿Ves? Eso forma parte del carisma. Y eso también te hace guapo. De muchas maneras diferentes eres guapo. Y me alegro de haberte encontrado y tenerte a mi lado.

Abrazó a David, que, pasmado, tardó en reaccionar. Cuando le correspondió, embriagado por el olor de pino y pimienta, recordó el calor de otros abrazos. Siguió deleitándose con el abrazo fuerte, la caricia de una de las manos y el tacto grumoso de la otra. Alarmado, volvió a la realidad.

—Esto... Saúl...

—¿Sí?

—¿Es posible que me estés restregando un trozo de *brownie* por la espalda?

Saúl se separó rápido y mostró su mano con el *brownie* desmigado.

—Lo siento. Ya decía yo que tenías la espalda muy blanda.

—Blandísima, sí. Sucia la tengo ahora. Voy a cambiarme la camiseta.

Abrió el armario y sacó la primera que encontró. La lanzó a la cama.

—No pasa nada —continuó mientras se quitaba la otra—. Como mañana tenía que poner una lavadora, va directa al cesto de la ropa sucia. O igual la pongo ya esta madrugada, que me sale más barato y mi sueldo no da para despilfarrar con la luz. —Cogió la camiseta limpia—. Lo malo es que la ropa está superarrugada cuando me levanto y claro... ¿Qué pasa?

David se quedó con la camiseta limpia en las manos. Saúl lo miraba congelado y le señaló el pecho:

—No me acordaba de que eras peludo.

—Sí, como los chicos. Abel es más lobo y Nacho, Luc y yo, más... —David bajó el ritmo de su voz— osos.

Saúl asintió con la cabeza muy despacio sin dejar de mirar el torso de David, que alzó las cejas y se acercó hacia él.

—En la primera cena en casa de Nacho y Luc dijiste que te atraía bastante el pelo, ¿no?

—Sí... —susurró Saúl.

David sonrió mientras seguía acercándose. Se puso frente a Saúl, cuyo rubor crecía, y le acarició la barbilla. Como no notaba tensión, siguió acariciándola. El profesor le sonrió pícaro.

—Esto no entraba en mis planes... —continuó.

—Tampoco en los míos —le susurró David con dulzura, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Rozó la punta de su nariz con la de Saúl y jugó con ella, sin prisa; temía malinterpretar algún gesto, arruinarlo todo.

Saúl tomó la iniciativa por él.

Estampó sus labios en los de David mientras le agarraba la nuca. Se separó enseguida y, tras mirarlo y sonreírle, separó los de él con la lengua.

David tiró la camiseta al suelo.

Capítulo 16:

Una camiseta y tres personas

—O sea, que no sé si fue para tanto —resumió David la noche del día siguiente.

—Eso es que tenías las expectativas muy altas —dijo Nacho al otro lado del teléfono—. Y Saúl, un cerebro muy básico, que hasta que no te vio la alfombra del pecho...

—No es básico...

—Claro, qué vas a decir tú. ¿Estás ya en casa de Abel?

—Iba a llamar al telefonillo cuando me ha vibrado el pantalón. Eres muy oportuno. —David se apoyó en un lado del portal.

—¿Le vas a contar esto?

—No.

—¿Cómo que no?

—Lo tendría que hablar antes con Saúl, porque es algo de los dos. —David tecleaba los botones del telefonillo sin presionarlos.

—Claro que sí, más tareas pendientes para tu cabeza. ¿Por qué no?

—Ay, Nacho, de verdad.

—Además, me lo acabas de contar a mí. ¿Por qué no a Abel?

—¡No es lo mismo! ¡Ellos han hecho duelo de sables entre sí!

—Te estás subiendo por las paredes. ¿A que sí?

—¡Te dejo! —David colgó el móvil y lo guardó. Tomó aire y se despegó la camiseta mientras llamaba al telefonillo. Abel le abrió sin hablar antes.

Mientras esperaba el ascensor, recibió un wasap:

Nacho:

Te he notado más tranquilo que otros días. Enhorabuena. ;-) Nos vemos mañana para escribir! Te quiero mucho!!!!

Nacho:

Ah! E intenta convencer a Abel de que por una vez se venga de vacaciones con nosotros

—Y esta es mi historia, Patricia. —David suspiró—. Lo siento. No fui capaz de decírtelo antes —susurró a Abel, que lo apretó con más fuerza sobre su pecho, tumbado en el diminuto sofá de su estudio.

—No pasa nada. Cada uno lo dice cuando cree que ha llegado su momento.

—Has hablado con Nacho, ¿verdad?

—Sí. ¿Por?

—Me dijo eso mismo. —Suspiró—. Nos debe odiar.

—Está hasta las narices de los dos. Una razón más para que no me vaya a Gran Canaria con vosotros.

Los dos rieron. David se incorporó y volvió a suspirar.

—Me jode que haya pasado todo esto. Es como... que se ha roto algo.

Abel le agarró la mano y sonrió.

—No se ha roto nada. Así es la vida, tiene estos momentos. Y no te vamos a abandonar.

—Por favor, deja de repetir las palabras de Nacho y sé algo original, que para eso

te querías apuntar a un curso de escritura.

Abel volvió a reír y se tiró encima de David.

—¡Cuidado! —continuó—. ¡Que en este sofá es muy fácil caerse!

—Con el poco espacio que hay, si te caes, te encontraría con facilidad.

—¡No! ¡Cosquillas no!

Abel toqueteó los costados de David, que se retorció con fuerza, hasta que los dos se cayeron al suelo.

—¿Te has hecho daño? —La voz de Abel mezclaba preocupación y guasa mientras se erguía.

—No —gruñó David—. El culo ha amortiguado tus gilipolleces.

—Si es que este culito rico...

Abel se agachó y azotó una nalga de David.

—¡Ey! Te estás pasando de confianza.

El monitor lo miró burlón, pasando de los ojos a los labios y de los labios a los ojos.

David empezó a cavilar.

—¿Qué? —continuó con un susurro—. ¿No vas a decir nada?

Abel seguía mirando diferentes partes de su rostro hasta que cambió su expresión.

—Saúl tiene que venir ahora a recoger una camiseta que se había dejado.

—Vaya. —A David le vino el recuerdo instantáneo de la camiseta que le manchó Saúl y la otra que terminó en el suelo—. ¿Nos vamos a cruzar?

—Sí. ¿Te importa mucho? —preguntó Abel, preocupado.

David contuvo una sonrisa.

—No. Para nada.

—¿Seguro? Puedo bajar al portal para dársela.

—Somos mayorcitos. No pasa nada, de verdad. Puede subir. —Guiñó.

—¿Quieres que suba?

—¿Por qué no?

Abel lo miró receloso.

—David, David..., ¿qué estás tramando?

—Nada. O nada malo, no te asustes. —Volvió a guiñar.

El monitor abrió la boca para hablar, pero justo en ese momento sonó el telefonillo.

—¡Respondo yo! —David se levantó de un salto—. ¿Saúl? Sí, soy David, que estaba de visita. Ha sido casualidad. ¡Te esperamos!

Se giró sonriente hacia un Abel desconfiado.

—Que no va a pasar nada malo. Tranquilo. —Le sacó la lengua y le mantuvo la mirada, que Abel evitaba entre risas, hasta que sonó el timbre de la casa—. Creo que es mejor si abres tú, que, si no te ve, se asustará.

Abel se dirigió lento hacia la puerta. David siguió sonriendo. Cuando el monitor abrió, Saúl asomó la cabeza encogido y vio a David, que continuaba alegre. Entró y dio un pico a Abel. Se aproximó al periodista, abrió los brazos dubitativo y terminó por darle dos besos.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien. ¿Tú? Cuánto tiempo —contestó David, punzante.

—¿Desde cuándo no os veáis? —preguntó Abel.

—Desde ayer —respondió David.

—¿Cómo que desde ayer?

—Ayer quedé con él.

—Bueno —interrumpió Saúl—, yo venía a por una camiseta que me había dejado.

—Ahora te la doy. —Abel caminó rápido hacia su dormitorio.

David desplegó toda su artillería de gestos seductores a un Saúl que no hacía más que revisar las esquinas del techo del estudio; al mirar de soslayo a su excompañero de clase y percibirlo con la misma actitud, repetía sus movimientos de cabeza rastreadora.

—Aquí la tienes. —Abel salió con una camiseta.

—¡Gracias! ¡Me marchó!

—Si te quieres llevar también mi camiseta, Saúl... —David se quitó la que llevaba puesta y se la tiró a la cara.

Nadie habló durante un par de segundos.

—¿Y este desnudo tan gratuito? —preguntó Abel con una mezcla de sorpresa y picardía.

—Lo que se coman los gusanos que lo disfruten los humanos.

Saúl se había quedado paralizado ante el torso de David.

—No me hagáis esto... —susurró.

—Un momento, un momento. —Abel replicó el volumen de voz—. ¿Para qué quedasteis ayer?

—Para cosas que teníamos pendientes —respondió David sin apartar la vista de Saúl.

—¿Otra camiseta?

—Otra camiseta, sí. —Se acercaba a Saúl, que reulaba sin dejar de mirar su torso—. Abel, ¿te acuerdas del día que comencé el curso de escritura? Que me dijiste que viniera una noche a ver Netflix, que me quedara a dormir...

—S-Sí. Sí.

—Pues vamos a comprobar cuántos caben en la cama.

Abel sonrió travieso.

—Por mí, vale.

—¿Saúl?

La tensión de Saúl lo mantenía pegado al suelo.

—Es la primera vez que yo...

—Sin problemas —lo cortó David—. Nadie nace sabiendo.

Con el pie apartó su camiseta caída y se pegó a la cintura de Saúl. Fijó los ojos en los suyos. Le acarició el torso mientras rozaba su nariz con la de él. Abel se acercó por detrás de Saúl y, mientras le lamía el lóbulo de una oreja, rodeaba la cintura de los otros dos con sus brazos. Cuando David sintió que le apretaban el culo, el monitor mordió el cuello de Saúl, que jadeaba.

David y Abel se miraron y sonrieron. Acercaron sus cabezas y durante unos segundos mezclaron sus lenguas y se mordieron los labios.

—Quizá hoy te vuelvas a olvidar una camiseta. —David quitó la ropa a Saúl, que respiraba acelerado.

—Pues ha sido brutal. Y cabíamos los tres en la cama.

David suspiró orgulloso mientras se acariciaba la barriga. En el centro, Saúl se fijaba en el techo. Abel abrazaba a este desde el otro lado y lo besaba en el hombro.

—Chicos —arrancó Saúl—, me tengo que ir.

David y Abel alzaron las cabezas.

—¿Y eso? —preguntaron a la vez.

—Mañana tengo clase a primera hora. Si solo venía a por la camiseta.

—¿Quieres darte una ducha? —sugirió Abel.

—Me ducho en casa. Tranqui.

Fue a pasar por encima de David. Este le cogió la cara y lo besó en los labios.

—¿Te ha gustado?

—Sí. Creo que sí.

Recogió con prisa su ropa en el suelo y salió del dormitorio. Abel también se levantó.

—Voy al baño.

Tras salir, David lo escuchó hablar a Saúl y besarlo. Le pareció que el profesor no respondía, o no lo oyó al menos. Se incorporó de un salto.

—Saúl.

El aludido, ya vestido y en la puerta del piso, se dio media vuelta.

—Ha sido precioso —continuó.

—Me alegro. —Dibujó una sonrisa.

—Vamos hablando, ¿vale?

—Sí, claro —respondió rápido, sin que apenas se le entendieran las palabras. Abrió la puerta y salió igual de veloz.

Abel se rascó la cabeza.

—Pues creo que se ha ido con semen en la cara. Había una cosa que le brillaba...

—Se señaló una mejilla—. Verás cuando llegues a casa y se mire en el espejo.

«El espejo».

—Voy al baño —susurró David.

—¡Que iba yo!

Frente al lavabo, David se contempló. No sabía si la mejilla de Saúl brillaba, pero él sí relucía por completo. Profirió una carcajada seca.

—¿Has dicho algo? —preguntó Abel desde fuera.

David siguió apreciándose antes de contestar.

—Nada. Que me lo he pasado muy bien.

Capítulo 17:

Escribiendo

Sé que apenas te conozco, y no te estoy diciendo que nos casemos. Pero me he pillado. Y nunca me había pasado. Lo tienes todo: eres atractivo, inteligente, divertido... Y has desbaratado mis esquemas. No eres un rollo de una noche. Eres un tío interesante al que quiero conocer más. Quiero pasar más tiempo contigo.

—No puedo meter en el relato esta cosa tan cursi —concluyó David delante del portátil, en su estudio.

—Pues no lo metas. —Nacho, acuclillado a su lado, se levantó—. De verdad, múdate a un piso más grande. Un escritor no puede prosperar en estas condiciones: tú y tu musa mariconcil necesitamos sillas de oficina. —Estiró los brazos—. Muy ñoño para ti, sí. ¡Hace unos días no te parecía tan cursi!

—Bueno, ya sabes que las cosas han cambiado.

—¡Es verdad! Perdona, pero ayer, después de hablar contigo, vino a casa de nuevo el gemelo de Luc y... En serio, lo tienes que catar. Hace que olvides todos los males a corto plazo.

—Es que las cosas han cambiado aún más desde la última vez que hablamos por teléfono.

—¡La última vez que hablamos por teléfono fue hace menos de veinticuatro horas! David se rascó la cabeza.

—Esto... Hay algo que no te he contado y que te tendría que haber contado nada más entraste en casa.

—¿Qué ha pasado? —Nacho se sentó en el suelo—. ¿Abel te ha quitado de su testamento como hermano elegido?

—No creo. Quizá me deje más herencia, de hecho.

—¿Cómo?

—Pues que Abel y yo ayer... —Hizo un círculo con los dedos pulgar e índice de la mano derecha, en el que metió el índice de la mano izquierda.

—¡No! —Nacho se quedó con la boca abierta.

—Y eso fue cuando llegó Saúl. Y los tres ... —El periodista repitió el gesto.

—¡No!

David se encogió de hombros y sonrió.

—Y ya está. Esa es la noticia.

—Te mato.

—Creo que eso es lo que quiere hacer Saúl, que se fue enseguida, un poquito acelerado.

—Su primer trío, ¿no?

—Sí. —David se levantó y estiró los brazos—. Un mundo nuevo para él.

—Pero, pero... ¡Que te has follado a tu hermano!

—Elegido, hermano elegido. Y esa frase es más suya que mía.

—Vale, sí, ya, pero...

—Al final, ha sido como zumbiar con Luc y contigo.

—«Ha sido». ¿Y cómo ha sido? Necesito azúcar. —Se levantó, abrió la nevera y sacó una lata de coca-cola.

David se apoyó en la puerta del estudio.

—Morboso...

—Quién podía imaginarlo.

—... con nervios, porque no pensaba que Abel quisiera... Y yo tampoco había caído en que... No sé... Se me despertó todo.

Nacho se apoyó en la encimera y abrió la lata.

—Con razón me parecía que estaba confundido. Yo creía que sus comentarios, sus gestos... eran todo bromas. ¿Y tú qué?

—Creo que me estaba reprimiendo sin darme cuenta.

El enfermero suspiró y tomó un sorbo de refresco antes de hablar.

—A lo mejor estas semanas estabas sintiendo también envidia. Envidia de Saúl.

—Puede ser. Volviendo a lo de ayer, todo fue muy cariñoso. Mejor que el polvo que eché a solas con Saúl. Había más compenetración.

—Menudos inmaduros, lo que habéis esperado para sinceraros.

—¿No me dijiste que cada uno se expresaba cuando creía que llegaba su momento?

—Haré como que no te he oído. —Nacho bebió hasta vaciar la lata—. Vale, las burbujas están haciendo efecto. Y concluyo que, teniendo en cuenta tu historial de mensajes guarros en WhatsApp y esto que me acabas de contar...

—Tampoco te he contado tanto.

—No. De hecho, espero más detalles cuando tengamos el cerebro frito de escribir. Creo que, con todo esto, ya tienes un relato erótico. Y encima con final feliz. Así puedes olvidar las cursilerías, como tú las llamabas, de hace un rato.

David asintió con la cabeza. Se sentó y abrió un nuevo documento de texto.

Nacho dejó la lata sobre la encimera.

—Voy a mear, y a ver si mientras tanto me surge alguna idea. Estoy pensando... ¿si lo escribimos entre los dos significa que yo soy coautor?

—Hombre, de momento estás aportando más bien poco.

—Ya no te presto mi culo. —Le dio un puñetazo suave en el brazo.

David destensó los hombros frente al documento en blanco. «Y ahora, ¿qué?». Tecleó en el aire. Cerró y volvió a abrir el procesador de textos. Bufó. Sacó del pantalón el teléfono móvil.

David:

Hola, Saúl! Todo bien?

Nacho tardaba en regresar. El documento en blanco seguía aterrando de la misma manera; solo se le superponía la imagen de un Saúl apenado en la puerta del estudio de Abel. Dudó si escribir más mensajes, como un «estamos preocupados» o un «te queremos».

Sonó una notificación de WhatsApp.

Nacho:

Le estás dando a la tecla?

David:

Me estás escribiendo mientras cagas?

Nacho:

No sería la primera vez

Nacho:

Mira, podrías escribir un relato cómico con dos protagonistas que se mandan wasaps mientras cagan. Ya sabes, escribir wasaps guarros sí se te da bien

Wasaps. Los wasaps que pretendía mandar a Saúl. Volvió a mirar al ordenador: el documento seguía tan blanco que cegaba, pero ya no asustaba tanto. ¿Y si no era ese el medio en el que comenzar a escribir un relato?

Regresó al chat de WhatsApp.

David:

Cuando estés preparado, hablamos de anoche. Estuvimos muy a gusto.
Te queremos mucho

«¿Cuántas veces nos hemos dicho “te quiero” entre nosotros durante los últimos días?», pensó. Y volvió a escribir:

David:

Me gustaría verte

Dudó antes de comenzar a escribir otro wasap:

David:

Me encantaría volver a comerte

Se detuvo antes de enviarlo. Sintió que un fuego lo recorría desde el pelo a los dedos de los pies.

La cisterna y el lavabo interrumpieron sus pensamientos. Guardó el móvil.

Nacho salió del baño con un suspiro de alivio.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó.

—Creo que ya tengo el relato. Y, sobre todo, el final.

—Ayer le escribí y no me ha contestado, y tampoco aparece marcado como visto. Habrá archivado el chat. —David se mordía el labio frente a su teléfono—. Abel, deja de sobarme el paquete. Necesita unos minutos para reponerse.

Abel se levantó del sofá de su estudio, recogió del suelo sus calzoncillos y le pasó a David los suyos.

—¿Y si lo llamamos?

—Muy invasivo. —David se los puso apenas separando el culo del sofá y sin dejar de mirar el móvil.

—Tampoco creo que nos vaya a denunciar por hacerlo.

—Yo entiendo que esté rayado.

—Sí, pero que responda a los mensajes, ¿no? Aunque sea para decirnos que necesita tiempo o para insultarnos.

Abel dio dos pasos para abrir la nevera, sacó una botella de agua y cogió un vaso vacío que llenó.

—Toma —se lo tendió a David mientras dejaba la botella en el suelo—, que

estarás seco. —Se tiró en el sofá, a su lado.

El hermano elegido soltó el móvil y bebió.

—¿En qué piensas? —preguntó, agarrando la mano de Abel, que se acercaba a la inglete.

—En que quizá la hemos liado parda.

Sonrió.

—Hemos removido cosas en él. Dale tiempo.

—Si tú aún fueras a las clases, lo podrías ver allí y hablar.

—Para qué. Sería agobiarlo más, y en público.

—Vamos, que no te atreves a preguntarle en persona.

—No. Pero no es cuestión de atreverse. Es cuestión de darle su tiempo.

Abel tomó su móvil del suelo y miró la pantalla.

—A mí no me ha contestado tampoco.

—Tranquilo. Contestará. Le podemos dar de plazo hasta la presentación de la antología.

—¿Vais a hacer una presentación?

—Sí, Marilia me lo ha confirmado. Una vez que el libro esté listo, al pasar el verano, la haremos. Yo antes tengo que entregar mi relato, que voy justo. Y una vez hecha la presentación..., nuevo curso, nueva vida.

—¿Nuevo curso, nueva vida? ¿Qué vas a hacer nuevo?

David se tomó un par de segundos antes de contestar.

—Me gustaría seguir aprendiendo más sobre escritura.

—Ya eres escritor cada día. En el trabajo.

—Sí, pero... eso no es trabajo ni es nada. Una nómina a final de mes y ya. Estoy hasta las narices.

—Bueno... —Abel le acarició la mano—. Sobre lo que decías de escribirle a Saúl. Hoy empieza el verano de forma oficial. Entonces, eso son varias semanas de plazo, por no decir meses, hasta que presentéis el libro en ¿septiembre? Como Saúl no haya contestado para entonces, conmigo no cuentes para la presentación.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. No querré ni verlo.

—Abel...

—¿Qué?

David mantuvo unos segundos de silencio.

—¿Lo queremos?

Abel ladeaba la cabeza. Su rostro oscilaba entre la ira, la tensión y la aceptación. Dejó de moverse.

—Lo queremos, sí. Lo queremos.

David suspiró.

—Pues eso. Dale tiempo a un chico tradicional.

Se dieron un pico y se abrazaron.

—Y vente a Canarias —continuó susurrando y acariciando el pelo de Abel.

—No —contestó también con un susurro—. Hará calor.

—A ver si crees que en una de tus rutas de la sierra vas a estar mucho más fresco este mes y durante el día.

—Estaré más fresco porque no estarás tú para calentarme.

—¡Imbécil! —David elevó el tono y se rio—. Si te vinieras... —Lo estrujó.

—Ya encontrarás quien te consuele —Abel siguió susurrando.

David tardó en responder.

—¿No... te importa?

Abel lo besó en el cuello.

—En absoluto.

Se separaron, se miraron y se besaron.

—Tú tal vez con algún bicho del campo... —arrancó David.

—Te enviaré foto —Abel rio—. Volviendo a la antología, ¿qué tal el relato que estás escribiendo?

David notó que necesitaba más agua.

—Esto... Bien, ahí estoy trabajando en los... personajes. Nacho me ayudó ayer, pero ha abortado la misión hasta que me mude a un piso más grande y con sillas de oficina.

—¿Y de qué va el relato? —Abel cogió el vaso de David, se levantó y empezó a servirse agua.

—Pues... de un chico al que le mola mucho un amigo...

—¿Cómocómocómo?

—Y hay un tercero que...

El agua de la botella rebasó el vaso.

—¡Mierda! —Dejó la botella en el suelo—. Pero eso es...

—Es ficción.

—Bueno, ficción ficción... —Abel se secó la mano con un paño de cocina—. Autobiográfico, ¿no?

—Ni para ti ni para mí: autoficción.

—¡Venga ya!

David intentó cambiar de tema:

—Saúl también quería escribir de sí mismo. Quizá termine hablando de nosotros.

Abel bebió el vaso de un solo trago.

—A cada minuto que pasa, menos me interesan él y todo lo que sucede a su alrededor.

El periodista arqueó las cejas.

—Abel, desbloquea tu móvil y dámelo.

—¿Para qué?

—Hazlo, por favor. No es nada malo. Te lo voy a devolver enseguida.

—¿Para qué?

—Porque me apuesto lo que quieras —David sonrió mientras recordaba las palabras de Nacho— a que no has borrado el número de teléfono de Saúl, ni la conversación de WhatsApp con él. La habrás archivado como mucho.

Abel lo fulminó, pero enseguida le sacó la lengua.

—Ni he eliminado la conversación ni su número. —Dejó el vaso y el paño en el suelo y se tiró en el sofá para abrazar a David—. Eso sí, como me siga durando el enfado...

—No lo vas a hacer.

—¿Cómo lo sabes?

—Por experiencias recientes que he tenido. —David se rio—. De verdad, no generes ira hacia él, porque te vas a envenenar tú solo. Dale el tiempo que me disteis a mí.

—¿Pero tanta comedura de coco por un trío?

—Es que quizá... es algo más que un trío. —«Ojalá sea algo más que un trío».

David regresó a casa caminando; el anochecer tardío de junio invitaba a estar en la calle. El cerebro trazaba nombres y posibles situaciones para sus personajes.

—Demasiado obvio ambientarlo en Madrid —susurraba subiendo la calle Alcalá; los viandantes lo miraban, extrañados por ese discurso en solitario—. Tampoco nuestros nombres, ni que empiecen por la misma letra. ¿Y si...?

Caminaba como si estuviera compitiendo en marcha atlética. El cerebro le bullía. Al entrar en su bloque, no esperó al ascensor y subió saltando los escalones. Dentro del piso, recuperó el aliento mientras se encendía el ordenador.

—Vamos allá —susurró.

Oriol y Gerard se enrollaron el jueves. Fue espectacular, o así lo sintió Oriol (a Gerard no le preguntó y él no dijo nada), que llevaba queriendo enrollarse con Gerard desde que...

Capítulo 18:

Giros de guion antes y durante las vacaciones

—Han despedido hoy a Mamen —le dijo David a Nacho ya en julio, a través del teléfono, de pie frente al escritorio y su portátil, mientras aceptaba los cambios propuestos por la correctora en el documento de texto de su relato.

—¿Qué Mamen? ¿Tu compañera? ¿Y por qué te oigo tan raro?

—Estoy revisando en el portátil la última versión del relato y tenía que desahogarme sin perder tiempo. Larga vida al manos libres.

—No suena muy profesional revisar relatos y hablar por teléfono al mismo tiempo. ¿No lo habías terminado?

—Sí, pero, como apuré los plazos lo máximo posible, la corrección profesional de la amiga de Marilia ha llegado más tarde y ahora me están esperando para enviarlo a imprenta. —David no dejaba de clicar con el ratón.

—Un escritor perfeccionista apareció. Entonces, ¿qué pasó con Mamen?

—Respuesta oficial: recortes. Respuesta que todos sabemos: ella, después de tanto tiempo y de tantos sacrificios, que parecía que iba a heredar la empresa, no pasaba por el aro de hacer más horas extra sin cobrar. Ayer estábamos en medio de una reunión en videollamada y salió sin despedirse. Le escribimos por el chat que si se le había caído la conexión y dijo que no, que se había marchado porque estaba cansada de criar culo carpeta sin haber tenido subida de sueldo este año. A mí eso me ha empezado a revolver cosas por dentro.

—Tu culo no es carpeta, ¿eh?

—No, tonto. Me refiero a que, creo, parte del malestar que he sentido estos meses es por esta mierda de trabajo. ¡Todos los cambios aceptados! —Aplaudió y se despezó satisfecho—. Deja que mande el correo y...

—¿Tenéis noticias de Saúl? —preguntó Nacho.

David detuvo el tecleo.

—¿Qué pasa? —continuó su amigo.

—Nada. Es que... entre unas cosas y otras, llevaba todo el día sin pensar en él. —Envió el correo.

—¿Y...?

—Pues... seguimos preocupados, claro. —Tomó el móvil, desactivó el manos libres y caminó por el estudio—. O por lo menos yo; ante la falta de noticias, no he vuelto a sacar el tema con Abel, que se estaba haciendo mala sangre. Pero, como diría Paquita Salas: «Ya no puedo insistir más, ya va a ser maleducado». Y ahora prefiero pensar en las vacaciones.

Al día siguiente, mientras preparaba la maleta, David recibió un wasap:

Saúl:

Hola, David.

Estoy mejor que hace unas semanas. Perdona, pero he estado (y estoy) muy rayado.

Aún necesito tiempo para procesar lo de aquel día

Saúl:

Sumado a lo que llevo a mis espaldas

Saúl:

Estoy en proceso, trabajando en ello

Saúl:

Espero verte en la presentación del libro y ahí hablamos

«Bueno, al menos parece que quiere hablar. Aunque sea después del verano». Sintió que levitaba.

David:

De acuerdo. Aquí estaré

Y remató el mensaje con el emoji de un corazón.
Al cerrar la maleta, escribió a Abel.

David:

Saúl me ha contestado por fin

David:

Que necesita tiempo y que hablamos el día de la presentación del libro

Abel:

Ok. Me ha dicho lo mismo.

«Ese punto final...». David arrugó la boca.

La casa de Luc se encontraba en el Puerto de las Nieves, en el noroeste de Gran Canaria. Baja, tradicional, pintada de blanco, la podían usar antes de que los familiares viajaran. Llegaron agotados, de tarde, así que compraron cosas para el desayuno, cenaron temprano en un restaurante del paseo marítimo y regresaron enseguida.

David se tumbó en la cama desnudo. Lanzó un suspiro largo; allí no estaba el trabajo. Se echó una sábana por encima y sintió que se dormía poco a poco escuchando el rumor del ruido de la calle.

Horas después, lo despertó un murmullo desde fuera de la habitación. Dos voces excitadas que se reían. Al mismo tiempo, unos rayos de sol comenzaron a picarlo a través de la persiana. Se sintió descansado, más relajado. Se acarició la barriga y la erección palpitante.

Se puso unos calzoncillos y salió de la habitación. En el sofá del salón, Nacho reía mientras Luc miraba la pantalla del móvil.

—Así me gusta, que empecemos bien y pronto las vacaciones —dijo este.

—¿Qué hacéis, chicos? —saludó David.

Luc movió el móvil delante de su cara.

—Me he desvelado hace un par de horas y me he puesto a chatear por Grindr. Tenemos invitados para desayunar.

—¿Invitados? —David se sentó haciéndose un hueco entre los dos—. ¿En plural?

Nacho lo besó en la mejilla.

—Una pareja supermona de alemanes que está pasando aquí las vacaciones. —respondió—. Voy a preparar el café.

—¿Y qué quieren? —preguntó David.

—Pues espero que follar, la verdad.

—¡Eso espero yo también! —bramó Luc.

David sonrió.

—No sé si sobro.

Nacho se dio media vuelta.

—¿Qué? ¿Tú? ¿Cuándo? ¡No, no! Gran Canaria no es Gran Canaria sin ti pringando con tu...

—Es que no sé si aún... —David se arrellanó.

—¿No será por Abel?

—Me dijo que no le importaba si sucedía algo. Que disfrutara. Pero, aun así...

—¿Saúl?

—Pues...

Nacho y Luc miraron al techo.

—Si está de bajón por el tema de su ex, tiene que curarse él y tú tienes que cuidarte a ti mismo. Tú no eres enfermero, el enfermero soy yo, y para otras labores.

—Parece que no tienes sentimientos.

—Mira, habló el que suele parecer que no tiene sentimientos —proyectó la voz—. Mandamos un saludo para Jorge, que nos estará viendo desde su casa.

—*Touché*.

Nacho suspiró y acarició la barba de David.

—No soy un capullo. Como a vosotros, me preocupa que esté rayado. Cuando él quiera volver, aquí estaremos. Y si lo podemos ayudar en algo, aquí estaremos también.

Besó a David en la mejilla y Luc lo imitó en el otro lado.

—Volviendo a Gran Canaria. —El belga dejó el móvil en el sofá y se levantó—. Estos chicos de Grindr son muy de nuestro rollo. ¿A cuántos osazos teutones te has tirado?

—Pero si no son ni las... —David buscó un reloj en su muñeca, que aún no se había puesto—. ¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana. —Luc lo agarró de las manos para alzarlo—. Desayuno y polvazo para empezar el día antes de irnos a la playa.

—Chicos, no sé...

—Oye, que esto no es Madrid. Aquí se acabaron el agobio y el estrés.

—Bueno, la verdad es que he dormido bastante bien.

—Pues entonces... —Luc rescató el móvil del sofá y le puso a David una foto de la pareja ante los ojos.

David se rio.

—Vale. A nadie se le niega un desayuno.

Uno de los dos alemanes se llamaba Luc, lo que excitó aún más a Nacho cuando se presentaron al cruzar la puerta de casa. El otro, Conrad. Podían ser clones rapados con barba castaña y ojos claros. Abrazaron a los amigos y les palmearon los hombros y la espalda.

Los cinco se sentaron alrededor de la mesa del salón. David presidía y Nacho había decidido mezclar las parejas en los laterales; se sentó junto al Luc alemán, al que puso a la izquierda de David. Frente a Nacho, su Luc, y Conrad a la derecha de David.

Charlaban entre tazas y tostadas. Nacho, muy sonriente, pasó el brazo por encima de los hombros del Luc alemán y lo sobó mientras hablaban. David se aguantó la risa. Nacho lo detectó y lo observó insinuante. El periodista le sacó la punta de la lengua y le sostuvo la mirada. «Nunca defraudas», pensó.

Nacho retiró el brazo del Luc alemán y lo posó sobre la cadera. Tocaba la pierna arriba abajo y se detenía más segundos sobre la ingle. Cambió el movimiento y la sobó de izquierda a derecha; se detenía más cuando se acercaba a la entrepierna. El Luc alemán le pasó entonces el brazo por encima a Nacho mientras miraba a su tocayo y a Conrad.

David intentaba ignorar algunas señales de su cerebro untándose una tostada cuando notó que, a su derecha, Conrad también le lanzaba miradas como las de Nacho mientras se mojaba los labios con la lengua. Con un suspiro que derribaba la resistencia de su mente, dejó el pan y el cuchillo sobre un plato.

—Voy recogiendo, chicos, que tengo ganas de playa.

—No hay prisa, no hay prisa —susurró Nacho mientras arrimaba su silla a la del Luc alemán.

David dejó los platos y los vasos dentro del fregadero y se detuvo para escuchar la conversación. Pero no llegaban voces.

«La madre que los parió...».

Regresó con pasos lentos. Nacho y el Luc alemán se comían la boca mientras el otro Luc y Conrad los escudriñaban con lascivia y se manoseaban los paquetes el uno al otro.

El calor brotaba del pecho de David. La boca se le secó. Con el corazón acelerado, se sentó en su silla. Luc y Conrad lo miraron con el mismo fuego con el que miraban a sus parejas. Él los imitó.

Nacho se soltó por fin de los labios del Luc alemán. Se levantó y se dirigió a David. Lo besó en la mejilla y le rozó el pecho.

—Recuerda —le susurró—: lo que pasa en Gran Canaria se queda en Gran Canaria.

Una hora después, David se duchaba con los dos alemanes. Mientras se enjabonaban la espalda y el pecho, se morreaban.

La pareja terminó de lavarse cuando él se secaba de forma mecánica frente al espejo. De repente, se detuvo. Se aproximó al lavabo.

Las ojeras habían desaparecido. La piel brillaba.

David suspiraba gozoso en su cama. Cuando escuchó besos y una conversación de despedida fuera del cuarto, salió de un salto. Al llegar al salón, Nacho cerraba la puerta principal. Desde el baño se escuchaba la ducha y a Luc, cantar.

—¿Ya se han ido? —preguntó David—. ¿No se quieren venir a la playa?

—Les gustaría, pero hoy dejan el apartamento y se marchan a Maspalomas.

—Qué pena.

—Pero no pasa nada. Estoy hablando con un oso de Barcelona que dice que se acaba de comprar una casa aquí y que está reformándola. Buen producto nacional —le enseñó el móvil como hizo Luc horas antes—, aunque me está mareando. Que si está muy estresado y no puede quedar ahora, que si se quiere frotar conmigo en el mar...

—Pues nos vamos, le mandamos ubicación y que se una cuando quiera si es que de verdad quiere.

—Estás *on fire*, ¿eh?

David le dio un pico. En ese momento entró Luc, que azotó el culo a ambos.

—Vámonos, sí —dijo—, que necesito recargar las pilas por si hay segundo asalto con ese de Barcelona.

Los tres flotaban frente al antiguo muelle que se extendía junto a la playa de las Nieves. Aunque unos jóvenes se tiraban desde el borde cerca de ellos, el ruido y los chapoteos no molestaban a David, concentrado en otros pensamientos.

Cuando el sol le caldeaba la cabeza, salió. Nada más agarrar una de las toallas que habían dejado en un banco corrido junto al muro, Nacho surgió detrás de él.

—¡El agua está riquísima! ¡Regresa!

David le devolvió una sonrisa débil y se sentó en el banco.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nacho al acercarse—. Dime que no estás pensando en Saúl.

—Pues justo ahora no, bobo, pero gracias por recordármelo.

Nacho se sentó a su lado.

—Cuéntame, que tienes una cara...

—Estaba pensando en la escritura y en el polvazo de hace un rato; estaría guay contar eso también.

El enfermero lo abrazó sonriendo.

—¡Ese es el David que yo conozco! Pero ¿hacernos a alguno de nosotros protagonistas de tu próximo relato o novela? Espero que no.

«Lo tengo que mentalizar antes de que lea el relato», pensó David antes de seguir hablando:

—Me gustaría intentar algo más como escritor.

—Habéis escrito una antología de relatos en un tiempo récord que habrá salido de aquella manera...

—Gilipollas.

—... y ahora te quieres dedicar a la escritura.

—A ver. Ya sé que no somos profesionales, o por lo menos yo tengo claro que no lo soy. Pero todo esto me ha activado cosas. Sé que no puedo dejar el trabajo de la noche a la mañana porque necesito la pasta, pero en el agua estaba tan zen que he pensado... No sé... Es tiempo de fijar otras prioridades.

—¿Como por ejemplo?

—Nada de más horas extra que no paguen o conviertan en vacaciones; no voy a

heredar la compañía, como se dio cuenta Mamen. De hecho, ojalá me hubieran despedido como a ella. Hubiese sido un revulsivo. Al volver de las vacaciones, a las cinco de la tarde, se me caerá el boli y no querré saber nada más hasta el día siguiente. Descansaré un rato y seguiré dándole a la tecla, pero por otras razones.

—No fuerces la máquina.

—No, ya te aseguro yo que no. —Inspiró—. Maricón, ¿estas aguas son medicinales? Me siento renacido.

—Sí, como un ave fénix. Resurgido de sus cenizas. —Le acarició una mano—. Te apoyaremos. Cualquiera cosa con tal de que dejes esa mierda de trabajo y que tengas dinero para comprarte un par de sillas de oficina. Una para ti y otra para mí.

Los dos se rieron y se dieron un pico.

—¡Eh! —Luc caminaba a su encuentro—. ¡Volved al agua!

Capítulo 19:

La presentación

A finales de septiembre, en una librería, se desplegaban treinta sillas; frente a ellas, una mesa con varios ejemplares del libro del curso. David contemplaba la disposición, a sus excompañeros y a los invitados de estos, que conversaban entre estanterías y mesas repletas de novedades editoriales.

Sonrió al reconocer a quien entraba en ese momento.

—He terminado de leerlo en el metro —lo saludó Nacho conforme se acercaba, blandiendo un ejemplar que luego guardó en una mochila de cuerdas—. Por una vez, tienes suerte de vivir en un piso tan pequeño donde no caben dos sillas de oficina, porque delante de mí no hubieses... ¡Has escrito sobre nosotros, capullo!

—Dame dos besos, ¿no?

—Una puñalada te voy a dar. Para la próxima vez, prefiero tener un nombre francés, que queda más *cool*.

Se besaron y se abrazaron.

—No sabes lo que le jode a Luc no estar aquí —susurró Nacho mientras permanecían unidos—. Quería escuchar a todo el mundo alabar sus cubiertas.

—Dile que no dé clases por la tarde.

—Cuando la mayoría de los trabajadores tiene horarios de mierda, no le queda más remedio que dedicarse a sus aficiones a estas horas. Y ahí le toca a Luc currar con ellos. Pero sí, se hubiese hinchado como un pavo. —Se separó—. Volviendo al libro, al final has escrito una comedia eroticofestiva. Es obvio que me parece mucho mejor que la ñoñería aquella que...

—Hola, chicos.

David y Nacho se giraron hacia donde venía la voz. Frente a ellos, un joven rubio con vaqueros, una camiseta blanca y una mochila les sonreía.

—¡Saúl! —gritaron.

—¡Qué alegría verte! —Nacho lo besó en la mejilla—. ¡Y qué buen culo sigues teniendo!

«Nacho, por favor, no es el momento». David enrojeció y, con disimulo, le indicó con la cabeza que se marchara.

—Voy a coger sitio; os dejo solos. Luego nos ponemos al día, Saúl. —Se giró al oído de David—. Y espero que tú también me cuentes.

Saúl lo despidió lanzándole un pico y sonrió a David. Recorrió con la cabeza las estanterías y las mesas refulgentes.

—Es preciosa, no había estado nunca. Está cerca de tu casa, ¿no?

—Depende de lo que llamemos «cerca» para los estándares madrileños. Un paseíto de veinte minutos desde la terraza hasta aquí.

Saúl se rio.

—La tranquilidad de esa terraza... —Giró la cabeza a una mesa—. ¿Me recomiendas algún libro?

—Por supuesto.

David le señaló una estantería, lejos del murmullo de la gente, y caminaron hacia ella.

—¿Qué tal... Abel? —preguntó Saúl al detenerse.

David intentó frenar el rubor que se le avecinaba.

—Está bien. Nos hemos visto mucho estos meses.

—¿Y... viene hoy?

—No. —David repasaba con rapidez los lomos de los libros, casi sin leer los títulos.

—Pero ¿no va a venir a verte?

«No quiere venir a verte a ti. No me hagas decírtelo».

—Le puedes escribir tú, a ver qué te responde —contestó, intentando no parecer seco.

—Me estaba... reservando por si lo veía aquí. —Dudó antes de seguir—. ¿Y qué tal tú? ¿Algún amor?

David sonrió.

—No. O no como tú podrías pensar. Ya sabes que yo... busco otras cosas.

Saúl le sonrió.

—Ya, ya sé que buscas otras cosas... hasta que llegan otras distintas.

Callaron. David recorrió los libros con un dedo.

—¿Estás mejor? —continuó Saúl.

—Sí, mucho mejor.

—Se nota por el libro. Te has desahogado, ¿eh? Me fui directo a leer tu relato. — Señaló su mochila.

David se rascó la nuca y enrojeció.

—Me he emocionado mucho —continuó Saúl—. Marilia nos contó que estaba trabajando contigo en él. Tiene que estar orgullosa.

—Lo está. —David tamborileaba los dedos en un estante.

—Como en mi caso, ha tenido que ser sanador.

David tamborileó con más fuerza. Saúl le agarró la mano.

—Me hubiese gustado verte en las clases. Te he echado mucho de menos.

Se aproximó inseguro. Lento, lo abrazó y lo besó en la mejilla.

David le correspondió; volvió a sentir el olor a pino y pimienta. Cuando se separaron, Saúl continuó hablando:

—A ver si quedamos un día y charlamos.

—Claro.

—Y quedamos en tu terraza. Siempre en tu terraza.

—Si... traes un *brownie*. —El pecho de David se aceleró.

—Faltaría más.

Le soltó la mano y David siguió repasando los lomos con el dedo.

—¿Y tú? ¿Algún amor? —preguntó.

Saúl sonrió.

—No, nada. Estos meses he estado... bloqueado. Ya tú sabes. El verano ha servido para recolocarme.

«Como a todos». David asintió y siguió pendiente de los libros. Saúl lo observaba.

—¿Todavía me quieres, David?

El periodista suspiró y sonrió. Le costó girar la cabeza y mirar a Saúl.

—Algo hay, sí. Han sido meses muy locos. Nunca me había imaginado... cambiar de esta manera. He visto que hay muchas formas de querer a una persona. Te

quiero y, de alguna manera, te querré siempre.

—Yo también. A mí me gustaría —acaricié los lomos de los libros— recuperar lo de antes.

—¿Cómo?

—Estoy hecho un lío. Tú y Abel sois... Me habéis tratado...

David lo examinó sonriendo, esperando a que continuase. En lugar de eso, Saúl se quitó la mochila y sacó de ella un ejemplar del libro y un bolígrafo.

—Ya que soy uno de los protagonistas, creo que merezco una dedicatoria personalizada.

—Por supuesto.

Para Saúl:

Gracias por tu cariño y tu amistad, y por volver y no huir para siempre.

Le tendió el libro de vuelta. Saúl leyó la dedicatoria; la boca le temblaba.

—No hay día que no haya pensado en vosotros. No quería rayaros...

—¡Chiques, empezamos!

David y Saúl se asustaron. Marilia apareció a su lado sonriendo.

—Coged sitio. ¿Vais a hablar?

Se miraron.

—No —respondieron a la vez.

—Como queráis. Si cambiáis de opinión, os paso el micro en cualquier momento.

Marilia se alejó. David se acercó a Saúl.

—Seguimos después —farfulló—. Han reservado unas mesas en un bar.

—Lo sé, pero vienen unos primos que subían del pueblo estos días y cenaré con ellos. Tienen que estar al llegar.

—No hay prisa. Cuando puedas. —«Espero que no sea dentro de siete años».

David buscó a Nacho entre los asientos y voló hacia él. Se hundió en una silla a su lado.

—¿Todo bien? —preguntó Nacho.

—Estoy temblando.

Horas después, Nacho y David se apoyaron en el respaldo de un banco de la calle, a pocos metros de la terraza donde habían cenado con Marilia y algunos compañeros del curso.

—El lugar más incómodo en el que ha estado mi culo esta semana —sentenció Nacho.

El ruido de las mesas se cruzaba con el de algún coche solitario. Los dos se concentraron en los adoquines.

—¿Cómo ha sido el reencuentro? —continuó.

David suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de su amigo, que le echó un brazo.

—Creo que... me he asustado.

—¿Que te has asustado? ¿Por qué?

—Antes, cuando nos has dejado solos, me ha preguntado si Abel venía. Le he dicho que no sin darle más explicaciones; supongo que se habrá imaginado el porqué.

Nacho besó el pelo de David antes de hablar:

—Sabes lo que eso significa, ¿no?

—¿Lo que significa el qué?

—Que ahora te sientas tan huidizo con Saúl. Queda ahí algo de lo que hablar. Algo que solucionar. —Volvió a besarlo en el pelo—. Te sigue molando, ¿verdad?

David continuó la línea de los adoquines con una puntera.

—Como dirían algunos perfiles de Grindr —siguió Nacho—, «el silencio también es una respuesta».

—Sí. Sí, sí, ¡sí! —Empezó a dar puñetazos al aire—. Sigue habiendo algo. ¡No te rías!

—Como aparezca de repente...

—No creo. Me dijo que se iba a cenar con unos primos.

—Pues creo que ya ha terminado de cenar.

Saúl se acercaba a la terraza con su mochila. Reconoció a los compañeros y apresuró el paso; se acuclilló al lado de Marilia y habló con ella entre risas. Al rato, identificó a David y Nacho y, sonriéndoles, se levantó.

—Viene —susurró David.

—Pues que venga. Quizá quiere hablar conmigo, pedazo de egocéntrico.

Saúl mantuvo la sonrisa hasta que llegó ante los amigos. Abrazó a Nacho.

—¿Qué te ha parecido la presentación? —preguntó al soltarlo.

—Es la primera vez que voy a una y me ha parecido entretenida. La profesora sabe enganchar a la audiencia.

—¿Has leído los relatos?

—De momento, solo el de David, porque tenía mucha curiosidad.

—Ya, creo que todos estábamos igual. —Saúl puso los brazos en jarras y miró a David, que continuaba jugando con la zapatilla y los adoquines—. ¿Qué haces?

—¿Cómo? Esto... Nada.

Saúl le sonrió con tristeza. Nacho se levantó.

—Os dejo, pareja, que tenéis cosas de las que hablar. Necesito otra cerveza. Siéntate aquí, Saúl, que se está muy cómodo. Y te lo he dejado calentito. —Palmeó el culo del profesor y se alejó.

De nuevo, solo se cruzaban las conversaciones animadas de las mesas del bar y los coches solitarios. El profesor se acarició la nuca y se sentó al lado de Nacho. Tardó en arrancar:

—¿Retomamos la conversación?

David dejó de jugar con los adoquines.

—Retomamos.

—¿Cómo estás?

—Bueno, creo que algo mejor. —Ya que Saúl no continuaba, David se impacientó y preguntó lo que no quería preguntar—. ¿Y tú?

Saúl exhaló y toqueteó las correas de la mochila. Miró a David.

—Como te decía antes, recolocando mis ideas. Han sido unos meses intensos.

Supongo que igual para todos.

—Igual para todos, sí.

David se dio cuenta de que Marilia los observaba desde las mesas. Los guiñó y él le lanzó un beso.

—¿A quién besas? —preguntó Saúl.

El periodista lo chuleó.

—A ti, claro. ¿A quién si no?

Saúl se sonrojó.

—Pero lo has hecho hacia el frente.

—Bueno, pues ahora lo hago hacia ti. —Con arrojo, se acercó a su mejilla y le dio un beso fugaz—. ¿Qué te parece?

El profesor se rio y suspiró.

—Está bien. Creía que no querías tocarme.

—Digamos que... me ha costado hacerlo durante un tiempo. —Apretó el banco como si quisiera romperlo.

—Estabas... confundido. —Saúl sonrió.

—Puede ser.

—Todos lo estábamos.

—¿Y ahora? —preguntó David—. ¿Seguimos estándolo?

Saúl se mordió el labio.

—Seguimos, sí. —Los dos sonrieron. David se acercó a Saúl—. Abel tiene un corazón noble. Es el deseo, la fogosidad... y también la ternura. Tú... eres la diversión, la cultura, y, como él, un amante increíble. No sabría con quién quedarme.

—¿Es que... hay que quedarse con uno de los dos? ¿Por qué no tener los dos?

—Pero... Abel y tú...

—¿Abel y yo qué?

Saúl dudó antes de seguir hablando.

—¿Va todo bien?

David regresó con los ojos a las mesas.

—Mejor que nunca. Y cuando hables con él, mejor aún.

Saúl también perdió la mirada en la terraza.

—¿Marilia nos está mirando y riéndose? —preguntó.

—Me da igual ahora mismo. —David suspiró—. Saúl... Me... Me sigues gustando mucho. Ya sabes. Te abrazaría y no te soltaría nunca.

Saúl se sobresaltó.

—¿Eso no es...?

—De la práctica del monólogo interior, sí. Me jode un montón lo que ha pasado y, por otra parte, siento que me ha servido para crecer y cambiar. Y por eso sé que te quiero mucho. Abel también. Todos te queremos.

—¿Cómo que Abel también?

—Seguro que no ha borrado aún tu conversación de WhatsApp.

—¿Y por qué la iba a borrar?

—Es una larga historia. Lo que te decía: todos te queremos. Y queremos que sigas formando parte de nuestras vidas. Y si algo se torciera, seguro que, después de lo

que hemos pasado estos meses, lo hablaríamos para enderezarlo y no sufrir. — Acarició la espalda de Saúl; notó que temblaba. Se acercó más, lo rodeó con el brazo y apoyó la cabeza en su hombro—. Conociendo a Abel... —Sacó el móvil del bolsillo y miró la hora—. Estará aún despierto viendo Netflix. ¿Nos acercamos a su casa?

—El metro está ya cerrado. —Saúl estrujó las correas de la mochila.

—No me vale como excusa. ¿Cogemos un taxi?

—¿Por cuánto nos va a salir?

—Tú eres funcionario y yo no voy a salir de pobre por pagar uno para un acontecimiento como este. —Se levantó del respaldo del banco—. Pero voy a escribirle por si acaso. Como lo llame a estas horas, tendremos que ir a verlo al hospital mientras se recupera de un infarto.

David:

Hola! Estás despierto? Estoy con Saúl. Podemos ir a tu casa?

Saúl suspiró.

—Si me viera mi ex...

—Las personas cambiamos. Ahora viene lo bueno.

Sonó una notificación.

Abel:

Ok.

—¿Qué dice? —preguntó Saúl.

«Ese punto final...». David se mordió el labio.

—Que sí, que vayamos. Que tiene muchas ganas de vernos.

Capítulo 20:

El clímax

David esperaba el ascensor en el vestíbulo de Abel, aguantando la mirada a Saúl. Cuando llegó, se tiró encima de él y le comió la boca.

—Guapo —le dijo al separarse.

Saúl no dejó sin dejar de agarrar las tiras de la mochila.

Abel los esperaba en la puerta de su estudio. La luz del rellano se había apagado y la del apartamento recortaba una figura negra cuyos rasgos no se distinguían.

—¡Joder! —David se apoyó en el ascensor—. ¡Qué susto!

Abel no dijo nada.

—Pasad. —Se apartó.

David y Saúl entraron. Abel cerró la puerta.

—Si os queréis sentar en el sofá...

—O eso o en el suelo —susurró David.

—O en la cama —apuntó Abel.

«Con calma», pensó David, que se sentó junto a Saúl en el sofá. Abel se colocó frente a ellos.

—¿Qué tal estás? —preguntó Saúl con la mochila en el regazo.

—Bien. —La voz de Abel sonaba delicada.

—¿Te has ido de vacaciones?

—Aún no. Pero he salido bastante por Madrid este verano y he desconectado. —Se apoyó en la pared—. Y también he pensado.

David se acomodó divertido. Saúl se revolvió antes de hablar.

—Yo... —comenzó el profesor—. He estado hecho un lío. Bloqueado. Me he querido aislar para refugiarme del dolor, para entender lo que pasaba. Regresé a terapia, esta vez *online*, y conseguí despejar las incógnitas con ayuda de la psicóloga. Y he descubierto... Jo, los dos sois increíbles. Y quiero lanzarme a experimentar.

En su cabeza, David apretó victorioso un puño.

Abel permanecía impassible.

«Venga, Abel —pensó David—. Que lo estabas deseando».

—Y... no sé —continuó Saúl—. Hay unos sentimientos preciosos en los que me gustaría ahondar.

«Ahora él es el poeta de la *mousse*», pensó David.

—Y eso... —Agachó la cabeza ruborizado—. Perdonadme la huida de estos meses. Estaba confundido y necesitaba reflexionar. Y perdóname de nuevo, David, por haberte dicho que ojalá se te pasara ese sentimiento. Es precioso sentir ese amor... o ese cariño, o esa ternura... por una persona. O por varias.

Abel seguía apoyado en la pared con la misma expresión.

«Venga, Abel. Te toca hablar».

—Si queréis que no volvamos a vernos —continuó Saúl con un susurro ante el silencio—, también lo entenderé.

Abel se enderezó.

—No, no...

«Ya era hora».

El resorte se quedó congelado.

—Vamos, Abel. —David se levantó con calma, disimulando su desesperación. Lo abrazó y lo besó en la mejilla. Se colocó detrás de él, frente a Saúl—. Te toca hablar.

Abel suspiró:

—No he dejado de pensar en ti. Te quiero un montón y... Dios, es que lo tienes todo; eres atractivo, simpático, atento...

«Parece que alguien hubiese hablado con Marilia».

—... y al mismo tiempo estaba bloqueado por... Ahora que lo pienso, nunca te lo he dicho, David.

—No hacía falta —quiso adelantarse este.

—Es que sentía que algo vibraba cuando te abrazaba. Que no te abrazaba como a Nacho y a Luc. Era como... que no quería soltarte nunca. Tan atractivo, tan inteligente, tan sociable...

—A lo mejor cuando bromeabas diciendo que perrearas contigo, no lo decías tan en broma.

—Sería eso. —Jugaba en el suelo con la punta del pie, como minutos antes había hecho David en la calle—. Y... nada. Que yo también estoy hecho un lío.

—Pues os podéis imaginar cómo me siento yo —intervino Saúl.

Abel rodeó la cintura de David con sus brazos y lo besó en la mejilla. Saúl se levantó y se acercó a ellos.

—Vamos a intentarlo —dijo David—. Nadie ha dicho que sea para toda la vida. Lo intentamos, sí. Hay información en internet de sobra y gente que sabe. Apoyándonos, ayudándonos... Sosteniéndonos. Vamos a aprender. Esto quizá no es para toda la vida, pero vamos a disfrutarlo mientras dure.

—Vamos a intentarlo —afirmaron Abel y Saúl.

David le dio un pico largo a Abel y otro a Saúl. Estos dos se miraron durante un instante mordiéndose el labio, pero vencieron su muro, sonrieron y se besaron.

—Llegó la hora de pasar de escribir un relato a una novela —concluyó David.

Agradecimientos

Gracias por su tiempo a Ana Castillo Martínez, Antonio Ruiz, José de la Rosa, L. M. Mateo, Mario, Pilar N. Colorado, Roberto y Raúl Navarro, que han hecho la lectura beta de *Escribe este sentimiento* y han aportado sus ideas.

Además, gracias a Paola C. Álvarez, que se encargó de la corrección ortotipográfica y de estilo, y a David Generoso, que se ocupó después de la maquetación. También, a Gemma Martínez, que una vez más ha estado detrás del diseño de cubiertas.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a ti, por haber confiado en esta novela. Aunque aún tengo algo que pedirte. Lo encontrarás en la siguiente página.

Antes de que te vayas

Muchas gracias por dedicar tu tiempo a leer *Escribe este sentimiento*. Si te ha gustado, por favor, compártelo en las redes sociales con la etiqueta #EscribeEsteSentimiento. Además, te invito a que dejes un comentario en Amazon o Goodreads.

¡Gracias de nuevo!

El autor

José Manuel Blanco es escritor. Además de *Escribe este sentimiento*, es autor de las novelas [*Dónuts, barbas y mancuernas*](#) y [*Pueblo chico, infierno grande*](#). También ha publicado [*Revolución en la Red*](#), una colección de relatos de humor sobre nuestra relación con internet y las redes sociales, y los libros de no ficción [*Seis colores y ocho ciudades*](#), una guía para recorrer el mundo a través de libros LGBTIQIA+, y [*Río, 21 grados*](#), un viaje a las historias más curiosas y desconocidas sobre Río de Janeiro. Además, ha participado en el libro [*Escribir y publicar una novela*](#) con capítulos sobre los lectores de sensibilidad y la construcción de una audiencia.

Suscríbete a su *newsletter* para recibir los primeros capítulos de sus novelas y novedades sobre cultura LGBTIQIA+. Lo puedes hacer pinchando en el siguiente enlace o escaneando el código inferior: <https://bit.ly/newsletter-josemanuel-blanco>



Correo electrónico: josemanuel@josemanuelblanco.com

Web: www.josemanuelblanco.com

Goodreads: [@josemanuelblanco](#)